FOLLETOS FILIPINOS.—III

SINAPISMOS

(BROMITAS Y CRITIQUILLAS)

— PRIMERA SERIE —

POR

WENCESLAO E. RETANA

(DESENGAÑOS)



MADRID
Librería de Fernando Fé
Carrera de San Jerónimo, 2

MANILA
Librería «Amigos del País»
Calle Real, núm. 34

1890



FOLLETOS FILIPINOS.—III

SINAPISMOS

(BROMITAS Y CRITIQUILLAS)

— PRIMERA SERIE —

POR

WENCESLAO E. RETANA

(DESENGAÑOS)



MADRID
Librería de Fernando Fé
Carrera de San Jerónimo, 2

MANILA
Librería «Amigos del País»
Calle Real, núm. 34

1890

FOLLETOS FILIPINOS

III

SINAPISMOS

gusto, poniendo de oro y azul á sus «hermanos de la Metrópoli», y esta es la hora en que aun no he visto que uno solo de esos *progresistas,* que tanto alardean de *españolismo,* proteste con energía de los desahogos de sus ilustres paisanos. Pero se nos ocurre á uno de nosotros escribir—festivamente, las más de las veces—cualquiera cosilla contra los usos, costumbres, literaturas, *politiqueos,* etc., de los filipinos, y ya tenemos á los Blumentrittes convertidos en energúmenos, declarándonos «enemigos del país»... ¡como si fuese enemigo el que descubre las llagas y les aplica el cauterio! Ó el que ridiculiza á un simple, porque entre los filipinos también hay simples.—¡En qué quedamos! ¿Son ó no *españoles* los nacidos en las islas Filipinas? El Código civil vigente—tan traído y llevado por los Isabelos — declara que sí: pues séanos permitido á los peninsulares *criticar* á nuestros compatriotas de raza malaya, sin protesta *regional* por parte de éstos; que bastante tenemos escrito en el mismo Manila en contra de los españoles de por acá, y justo es que, de vez en cuando, digamos algo de los nacidos en esa tierra española del Extremo Oriente.—Sobre que *ellos* nos corresponden con creces.

¡Cuidado si se ha hablado del regionalismo, ó mejor, del paisanaje de los catalanes! Ud., que lo es, lo sabrá mejor que yo. Así de chiquito se queda el paisanaje catalán paran-

FOLLETOS FILIPINOS.—III

SINAPISMOS

(BROMITAS Y CRITIQUILLAS)

—PRIMERA SERIE—

POR

WENCESLAO E. RETANA

(DESENGAÑOS)



MADRID
MANUEL MINUESA-DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651
1890

No es Minerva la olímpica diosa ante cuyas aras ofrecen holocausto los habitantes de Filipinas. No es tampoco Apolo el ídolo que aquí cuenta con más devotos: ¡pobre padre de las nueve hermanas, que apenas tiene media docena de adoradores entre seis millones de individuos!...

TOMÁS CÁRAVES.

(*Carta* á D. José del Perojo, publicada en *La Voz de España,* de Manila, correspondiente al 28 de Enero, de 1890.)

Est[illegible]

que [illegible] *[illegible]*, ó sus amigos, [illegible] á ciertos periódicos de Madrid y Barcelona, periódicos *liberales*, por supuesto.

Este *folleto* es, como ya indico en la portada, la *Primera serie*: lo que quiere decir que, Dios mediante, los [illegible] continuarán [illegible].

∴

Y no me venga Blumentritt con la comparación [illegible] lo que [illegible] las *razas*, lo que [illegible] los *partidos* [illegible] políticos [illegible] Jaena [illegible] las literaturas [illegible] valen muy [illegible] publicistas, y, naturalmente, [illegible] en lo que puede á [illegible] que tienen [illegible] adversarios políticos. Ni más, ni menos.

∴

Usted sabe, amigo [illegible], cuánto le aprecia su afectísimo compañero y correligionario

WENCESLAO E. RETANA.

[illegible] Octubre de 18[illegible]





ISABELO DE LOS REYES

(ALIAS PLÁTANOS)

o puede fijarse el punto preciso dónde acaba el mono y empieza el hombre,—escribió Max-Müller, después de haber hecho larga serie de investigaciones en el árido campo de las ciencias.—Terminada mi penosa peregrinación por los *abruptos* escritos de Isabelo de los Reyes, sólo se me ocurre decir, parodiando al profesor mencionado: imposible que nadie determine con exactitud, dónde acaba el *infeliz... aparente* y empieza el politiquillo... hipócrita.

Todo un volumen de quinientas páginas podría yo escribir con los materiales que me brinda el arsenal político-literario de Isabelo de los Reyes: este joven, natural de Ilocos (lo de ser «joven» y «natural de Ilocos» nos lo ha repetido cientos de veces), es, entre sus paisanos propagandistas del *Progreso,* el que más ha producido, y es, por lo tanto, el que ha dicho por escrito más simplezas, embozadas ¡eso sí! en una mala capa de muy dudosa intención.

Fuera penosa la tarea de transcribir todo aquello que tengo acotado en los múltiples *trabajos* de don Isabelo de los Reyes: veríame precisado á copiar las *obras completas* de este

aprovechados indio. Limitaréme, pues, á entresacar un poquito de cada una de las especialidades que cultiva, que son muchas, como ha de ver el lector.

Pero digamos antes, cómo se hizo hombre nuestro querido ilocano.

I

EL HOMBRE

Rarísimo es el autor, nacional ó extranjero, de cuantos han hecho estudios acerca de la psicología de los indios filipinos, que no les señale preferentemente dos grandes defectos que, dicho sea en tributo á la verdad, son propios de una inmensa mayor parte de nuestros hermanos de la Oceanía, á saber:— *vanidad, ingratitud.*

Cuando Isabelo tenía veinte ó veintiún años, logró meter la cabeza en *La Oceanía Española*, diario del que es director y principal accionista el bondadosísimo cuanto ilustrado señor D. J. F. del Pan. No entró Isabelo en calidad de individuo de la redacción. ¡Esto hubiera sido un colmo! Entró en concepto de *auxiliar del administrador* del mencionado periódico; algo así como amanuense, ó *plumario*, como dicen los indígenas de aquel hermoso país. Poco tenía que hacer el joven Reyes, y entre aburrirse contemplando filosóficamente su pupitre, ó seguir el consejo del señor del Pan, que se convirtió desde el primer momento en protector decidido del joven de Ilocos, éste optó por matar el tiempo leyendo obras y más obras de Filipinas, que el señor del Pan le iba prestando, con riguroso método para que aprovechase mejor el fruto de la lectura.

Es de advertir, que don Isabelo tenía á la sazón terminada la carrera de notario; habiendo sido sus profesores, desde pequeñuelo, *Frailes dominicos.*

Así que de los Reyes llegó á saber algo más de lo que sabe un notario que es notario á secas, D. J. F. del Pan le indujo á que hiciese *algo,* sobre costumbres de Filipinas; y don Isabelo, que conceptuaba un hermoso ensueño de su vanidad ver cualquiera quisicosa suya impresa en letras de molde, y lo que era mejor, en un periódico de importancia, dió poco á poco sus ensayos de folk-lore filipino, en forma de *gacetillas* más ó menos extensas, y, algún tiempo después, y entreverados con éstos, tal cual articulillo sobre puntos históricos del país.—Por cierto que los Frailes, no ya los Dominicos, sino también los de otras Comunidades, le franquearon las puertas de sus notables archivos, y, gracias á este generoso proceder de los Religiosos, que son los primeros en anhelar que los indígenas se ilustren, pudo don Isabelo escribir ciertas cosillas que, después de limadas, ampliadas y, en general, mejoradas notablemente por el director, le dieron en pocos meses no escasa nombradía entre los naturales del Archipiélago.

El propio señor del Pan dedicóle algunos sueltecitos encomiásticos, y los demás periodistas *peninsulares,*—que siempre han sido propagadores benévolos del nombre de todo indio que, siéndonos adicto, lucha noblemente por dejar de ser una nulidad completa,—contribuyeron eficaz y prontamente á dar á don Isabelo una reputación mucho mayor, desde luego, de la que, en rigor, se merecía.

Merced á la protección cuasi paternal del

señor del Pan, á los manuscritos que los Frailes le prestaron y al bombo frecuente de los periodistas, don Isabelo salió de la nada: Isabelo, pues, lo debe todo á los *españoles peninsulares:* instrucción, posición y su pizca de renombre.

Tome nota el lector de esto que acabo de apuntar, porque ahora mismo voy á decir cuál fué el pago.

El 4 de Diciembre de 1887, los escultores del arrabal de Santa Cruz (Manila) dieron un banquete en honor del Ministro de Ultramar, don Víctor Balaguer.—Asistieron varios peninsulares, entre ellos el entonces gobernador civil de aquella capital, don José Centeno, y algunos periodistas. *La Oceanía* no estaba representada por nadie; pero don Isabelo, vanidoso como buen indio, debió de decir que iba en nombre de *La Oceanía,* porque ello es que en *La Opinión* del siguiente día, y en un suelto dedicado al consabido banquete, salió que Isabelo de los Reyes había hablado en nombre de aquel diario. Ver esto el señor del Pan,—á quien no se le ocultaba el *sabor político* que tuvo el banquete de los escultores,—y exigir á don Isabelo que le escribiese una carta rectificando el suelto de *La Opinión,* fué todo uno. Isabelo escribió la carta, que vió la luz en *La Oceanía,* diciendo sencillamente la verdad, ó sea que él no formaba parte de la redacción de este periódico, y que, por lo tanto, no había hablado en nombre de *La Oceanía Española.* ¡Lo que debió de lastimar su amor propio á don Isabelo aquella carta que le hicieron escribir!...

Y como ya tenía su poquito de fama, y

como no era cosa de sufrir por más tiempo lo que debió de antojársele humillación perpetua; Isabelo, nuestro indio, emancipóse de *La Oceanía;* y desde entonces, rara vez tiene una frase lisonjera para el español metropolitano á quien tanto le debe: don J. F. del Pan.

El exceso de vanidad le hizo ingrato.

Solo, ó mejor, sin depender ya de ningún peninsular, continuó trabajando como pudo y donde pudo.—Excepción hecha de algún que otro inverosímil periodista español, les odia á todos los periodistas españoles. Y en cuanto á los Frailes, á quienes tantos beneficios les adeuda, consignaré un detalle: siempre que necesita nombrar á alguno, porque no halla otro remedio, le nombra por el apellido á secas: ni pone *Fray,* ni pone *Padre* tampoco. Dijérase que le duele que haya *Frailes,* á cuyas imperecederas obras no tiene otro remedio que recurrir. ¿Y por qué odia á Rincón, á Quioquiap, á Hidalgo, á Millán, á Maseras... á mí, esto es, á los periodistas peninsulares? Sencillamente, porque llegó un día en que, dejando de ser Isabelo el escritor de folk-lore ó de cosas más ó menos curiosas de la Historia, vimos en él un político ridículo, por lo que nos pareció oportuno dedicarle una serie de bromillas... á cambio de los atronadores bombos con que habíamos antes agasajado al indio *no-político-ridículo.*—Mientras le alentamos celebrándole, todos éramos muy buenos, excelentes sujetos: llegó un día en que, al verle la oreja que enseñaba, le dimos un *recorrido...* y, desde entonces, somos odiados por el vanidoso cuanto ingrato Isabelo de los Reyes.

II

EL FOLK-LORISTA

Ya lo he dicho: fué D. José F. del Pan quien inició á Isabelo en los trabajos folklóricos.—Ahora debo añadir que, por indicaciones del mismo señor, coleccionó el ilocano los recortes del folk-lore, pególos en un libro en blanco, y los envió á la Exposición filipina de 1887. El señor del Pan intrigó lo que pudo porque la recompensa á Isabelo fuese la más alta posible, y á don Isabelo le dieron medalla de plata por lo que, á lo sumo, valía medalla de hojalata.

Por su parte, también los frailes contribuyeron á propagar la fama del ilocano: le pidieron un trabajillo folk-lórico y lo ingirieron en la *Memoria oficial* que redactaron para aquella Exposición, acerca del estado de las Islas Filipinas.

No he de ser yo quien niegue á Isabelo algún mérito como folk-lorista.—Pero conste que, sin la protección del señor del Pan, sin la de los Frailes y sin el apoyo de algunos periodistas peninsulares, Isabelo no hubiera jamás llegado á tener la fama que como folklorista tiene.

Por lo demás, no se crea que es Isabelo alguna cosa del otro jueves: si el hombre escribiera algo mejor...: menos mal. Podría leérsele con paciencia, pues para una cosilla curiosa que en su *Folk-lore* se halla, hay en su *famoso* «Folk-lore» no pocos plagios,, y vulgaridades y tonterías á porrillo, escritas con los pies, salvo aquello que la mano generosa de un español puliera con más ó menos cuidado.

Y termino este número romano transcribiéndo una definición de don Isabelo:

El folk-lore es... «*La ocupación del pensa-»miento humano que tiene por objeto recoger to-»dos los datos que la gente no ilustrada conozca »y tenga, que aun no hayan sido estudiados.*»

¡¡¡La ocupación del pensamiento humano... etc.!!!

III

EL PERIODISTA

Libre Reyes, *feliz é independiente*,
se entregó *al* periodismo... bestialmente.

Por supuesto, lo de bestialmente *va* en tono familiar; quiero decir, que á Isabelo de los Reyes le entró una comezón *horrible* por difundir «ideas» por medio del periódico...

Y fundó *El Ilocano.*

Un papelucho quincenal de ocho páginas en folio menor, escrito en lenguas ilocana y algo así como española extra oficial; papelucho en el que han visto la luz innúmeras paparruchas de todas clases, predominando en todo tiempo las de género *orejuno.*

Pero *El Ilocano,* si saciaba la vanidad de Isabelo,—en cuanto veía éste su nombre, en calidad de *Director,* puesto en la cabeza del periodiquillo,—no bastaba al Isabelo propagandista de ideas y de *pisto subjetivo;* y se las buscó en *La España Oriental*, en *La Revista Católica,* alguna que otra vez en *El Comercio,* de cuando en cuando en el *Diario de Manila* y últimamente en *La Lectura Popular* y *La Opinión* (hoy *El Eco de Filipinas*), periódi- estos dos últimos que andan ahora e

nos de mestizos é indios más ó menos desocupados.

Escribe en *El Comercio*, de tarde en tarde, cosas anodinas. En el *Diario* publica algunos cuentos, que ni Bathala los leería, de puro indigestos, y además un *Vocabulario filipino*, por artículos, *todos* dedicados, haciéndolo *constar* en *todos* ellos, al director del *Diario*. En *La España Oriental*, cuando dejé yo de pertenecer á esta revista, por pasar á manos de un hijo del país, enseñó la oreja varias veces. Idem ídem en *La Lectura* de Poblete y Compañía. Y en *La Opinión*, después que Pozo y yo la dejamos, metió Isabelo la pata, hasta medio muslo, quedando relegado á la calidad de vil gacetillero, para no provocar la salida de Millán, español muy digno que comete la heroicidad de hacer un periódico en colaboración con filipinos que no saben escribir, exceptuado Rocha (si es que sigue).

Don Isabelo tuvo una corresponsalía: la de *El Eco de Panay,* periódico de Iloilo. Pero dijo tantas necedades en tan poco tiempo, que se vió en el caso el director del periódico de decirle al ilocano que se fuese á hacer política á otra parte.

En rigor, sólo en *El Ilocano* puede don Isabelo despacharse completamente á su gusto. (En armonía con lo que el Censor permite.) Así es que, para buscar simplezas con más ó menos oreja, pero por centenares, debe recurrirse al quincenario que dirige el «aprovechado» joven de los Reyes.

Si el periodista moderno precisa tener un poquito de meollo, una tintura de los principales conocimientos, algo de ingenio y mucha facilidad para *escribir*, y escribir correctamente, justo es confesar que Isabelo de los Reyes, aunque mil años viva, no podrá ser

nunca periodista: fáltale meollo, fáltanle nociones de muchas cosas; fáltale ingenio; fáltale saber escribir en castellano... y le sobra soberbia, le sobra vanidad, le sobra ingratitud, le sobra mala intención, y, finalmente, le sobra... odio injustificado á personas y cosas que están muchos millones de codos por encima de Isabelo de los Reyes.

IV

EL HISTORIADOR

Tanto como historiador... ¡qué más quisiera! Una cosa es haber sido ratón de las Bibliotecas — gracias á los Frailes — y otra muy distinta historiador.

Cuatro articulejos que denotan solamente paciencia y alguna avidez de pescar noticias, no dan título de historiador á nadie.—Y cuenta que los mejores de D. Isabelo, están muy protegidos por la doctísima pluma del señor del Pan.

Y esto dicho, hé aquí la primera página de una *Historia general de Filipinas* que empezó á publicar Isabelo de los Reyes. Dice así:

«ÉPOCA PREHISTÓRICA

CAPÍTULO PRIMERO

Filiación de los filipinos.

No hay punto más debatido en la Historia de Filipinas que la filiación (1) de sus habitantes..

....

(1) La *filiación* es cosa que pertenece á la Antropología, y en cierto modo á la *Etnología* también. Si D. Isabelo

...Unos (*autores*) como Geler, pretenden encontrar pruebas irrefragables de que los filipinos SOMOS descendientes de los árabes, y DICHO SEA ENTRE PARÉNTESIS, el sabio orientalista austriaco Herr-Blumentritt, que no participa de la anterior opinión, *cree que* SOY DEL TIPO ÁRABE, según MI RETRATO, y MI TIPO...»

Así, por este estilo, son las demás páginas de la HISTORIA DE FILIPINAS, escrita por Isabelo de los Reyes; el cual iba á escribirla en dos tomos, y se quedó como el gallo de Morón á la pág. 64 del primero.

El *Prólogo* comienza así:

«*Me horroriza sobremanera...*»

Se horroriza de considerar que D. Baldomero de Hazañas le indicase que escribiera la Historia de Filipinas: él, don Isabelo, se *comprometió*... y se *horrorizó* después.

Pero ¡tate! es lo cierto que en la dedicatoria (una página antes) á D. Víctor Balaguer, le dice:

«V. E. ha tenido la amabilidad de *invitarme* á seguir mis trabajos históricos y etnográficos con frases muy benévolas y nunca merecidas *(sic)*. Y *como testimonio de no haber desoido sus estimables consejos* ..»

Es decir, que no sabemos á quién se de-

dijese el *origen* (procedencia, con arreglo á investigaciones *no* científicas), esto sí que debe indagarlo el historiador, que puede serlo muy bueno, sin ser antropólogo.—Wirchow obtiene la *filiación*, por observaciones rigorosamente científicas; Lafuente deduce el *origen* investigando obras que nada tienen que ver con la Antropología. Entre Wirchow y Lafuente, media un abismo: y ambos son, cada uno en su especialidad, celebridades.

ben las 64 páginas de la *Historia* comenzada por D. Isabelo; si á las *invitaciones* de D. Víctor, ó á la *indicación* del Sr. de Hazañas;—indicación que, una vez aceptada, *horrorizó sobremanera* al joven ilocano.

Lo que es... que D. Isabelo no pierde coyuntura para darse importancia: y aprovechó ésta para hacer ver que había tenido una lisonjera epístola de todo un ex Ministro... *en* Balaguer, como le llama *Clarín*.

Por lo demás, esta carta á que aludo, y otra más del propio autor de las *plumas de gacela*, las publicóen algún periódico, el siempre vanidosillo, orgullosillo y politiquillo don Isabelo.

Una dosis inconcebible de YO, YO y YO sobrenada en todos sus escritos, aun en aquellos que, por su propia índole, como lo es la Historia, requieren que la persona del autor no se descubra:—debe buscarla el lector en los *fines*, la *intención*, la *tendencia*, etc.

Una *Historia* en la que hay por docenas frases de este jaez:

mi tipo;—mi retrato;—mi sabio amigo Fulano;—un documento que guardo como oro en paño;—yo creo;—Mengano me replicará diciendo;—yo finjo creer las supersticiones del palurdo;—yo opino...

Una *Historia*, decía, con todas las pretensiones de obra seria, y exornada con gran derroche de tonterías como las transcritas, no es ni puede ser otra cosa, que un fárrago de simplezas... *subjetivas;* jamás Historia.

En fin; ahí van algunos parrafillos de varios sueltos de *La Opinión*, escritos por mí, con motivo de haber salido en defensa de don Isabelo la *Revista* del Sr. Hazañas:

«De sobra sabe D. Isabelo que su prosa es incorrectísima; de sobra sabe que no posee esa serenidad de espíritu necesaria é indispensable para hacer una obra histórica; debe saber también don Isabelo, que el historiador tiene que estar dotado del don de la revelación, y ser artista, en cierto modo, además, para *reconstruir* los personajes, subordinando todos los hechos y actos de éstos al medio, al espíritu, etc., de la época en que vivieron.

D. Isabelo no sabe, en cambio, que la historia es obra abstracta, donde por mucha crítica que se haga podrá verse, sí, el espíritu religioso del autor, sus tendencias políticas, sus aficiones artísticas, etc., etc.; pero nunca la personalidad: nunca ese *yo*, *yo*, *yo*, machacón é inmodesto que brilla en casi todos los trabajitos del joven ilocano.

Mucho le falta á éste que aprender: lo que le sucede es, que, como *se ve indio*, cree que todo lo suyo es de mérito superlativo; cree que está dispensado de que se le fustigue; cree, en fin, que hace cosas estupendas,—*por ser indio*,—con lo cual no hace sino rebajar á sus paisanos...

Esto es lo que tenemos que decir á la *Revista;* y piense el colega que si los trabajitos de don Isabelo han chocado á algunos, es debido precisamente á que el autor hace gala de ser indígena; y, lo que dirán *ciertos jueces:*

—Para ser indio, ¡cuánto vale este muchacho!»

(1.º Junio, 89.)

«Una de las cosas de que más abusa D. Isabelo, es de la erudición; amontona nombres de autores, sin tener en cuenta que esto detiene el

curso natural de la lectura, con grave perjuicio del fondo del asunto, que se suele escapar de la memoria fâcilmente.

....

Puesto que, en vez de titular *Apuntes* su obra en publicación, la titula pomposamente HISTORIA, los periódicos estamos en el deber de exigir á ese señor historiador un lenguaje sobrio, culto, que tenga algo de solemne, cual es el que cuadra al género serio por excelencia: el *histórico*.

Nada de *yo*, ni de *nosotros los filipinos*, ni de *mi retrato*, ni mucho menos esos *entre paréntesis*, que rebajan la categoría de una prosa seria.»

(11 Junio 1889.)

Y si á esto se añade que ahora no tiene D. Isabelo una persona con sentido común que le corrija; que el tal Isabelo plagia con un desenfado rayano en el cinismo, y que el propio Isabelo no sabe lo que es sindéresis, calcule el lector lo ferozmente malo que es ese cachito de *Historia* parido por Isabelo, merced, no sé si á la cópula *horrorizadora* de D. Baldomero, ó á la *invitadora* de Balaguer... ó á la que fuese.

V

EL PROSADOR (!)

Veintisiete ó veintiocho años tiene D. Isabelo: hace lo menos seis que comenzó á publicar sus pinitos folk-lóricos: pues *todavia* no sabe castellano.

Imposible que el lector se imagine prosa más vulgar, pedestre, ruin y desdichada que la del joven D. Isabelo. Y no se pierda de vista, que es rarísimo lo que tiene publica-

do, de algún valor, que no haya sido limado por éste ó el otro peninsular. Cotéjese su primera edición de *Las Islas Visayas* (folleto) con la segunda, en sus primeros capítulos: la primera fué retocada muy poco por el Director de *El Eco de Panay;* la segunda comencé *yo* á pulírsela, y no pude terminar, porque me faltó paciencia: á la verdad, se me hacía muy penoso *plagiarle* á D. Isabelo su folleto.

Y no se me arguya que no ha mamado la lengua castellana: pues qué, en veinte años, y con sus pretensiones de escritor insigne, ¿no ha tenido tiempo de aprender la lengua, si no de Cervantes, la de B. Canseco (1), por lo menos?

VI

EL POETA

D. Isabelo ha escrito poesías.

Ahí va una (la *mejor*, lo digo ingenuamente, de cuantas ha dado á la estampa.—No se olvide que se la limaron.)

«Un soneto

¿No veis en la mente una excelencia,
En el amante corazón ternura,
Beldad de la mujer en la hermosura,
Justicia y santidad en la conciencia?
¿No *halláis* mara*villas* en la ciencia,
Misterio de los cielos *en la hechura*,
Fragancia en los pensiles, y *verdura*,
En poesía y música *cadencia?»*

(1) Un peninsular que ha escrito á *El Resumen* felicitándole por los artículos «Proceso de un sistema». —¡Pero qué mal escribe el Sr. Canseco!

(En esta *poesía* ¡buena está la cadencia! Como Isabelo tenga en su conciencia tanta justicia y santidad como cadencia tiene su *soneto*, ¡Dios le perdone! Menos mal, si su corazón es un pozo de ternura!...—Sigue el *sonito,* digo, *soneto:)*

«*¿Arrullos* en la fuente *cristalina,*
En el furor del viento lo grandioso
Y en los espacios, mares... *lo anchuroso?*»

(No vale reirse. Y finaliza el *poeta):*

«*¿Qué os* cantan *en balada peregrina?*
Pregonan ¡AH! la *perfección divina*
Y la existencia de JehovÁ piadoso!»

Coméntenlo Uds.

Yo no me atrevo á decir lo que *cantan* y *pregonan* los once primeros versos del *soneto*; yo diría que los once primeros y los tres restantes *pregonan* el eterno ridículo del *vate* ilocano.—Pero no me atrevo.

Y no va más.

VII

EL VOCABULARISTA

Sus instintos de urraca hánle llevado á D. Isabelo á publicar un «Vocabulario filipino», que hasta ahora sólo ofrece de particular dos cosas: lo bien que su autor le saca el jugo á los *Diccionarios* escritos por los Frailes, y lo bien que barbariza cuando discurre por propia cuenta.

Podría yo copiar aquí dislates fenomenales. Pero las proporciones que va tomando este *elogio completo* de Isabelo, me lo impiden.

Limitaréme, pues, á transcribir esta sola definición:

«BAKBAKÁ.—El mejor *zacate* para los indígenas.»

Zacate es, en Filipinas, lo que en España el *forraje* que se da á las bestias.

Hablará don Isabelo por *experiencia* de su propio gaznate?

Era lo único que le faltaba.

Comer verde.

VIII

EL CORREVEDILE

No puede negarse que la actividad de don Isabelo está en relación con su vanidad.

Dile yo una *Coba*, á poco de haberle obsequiado con un bombo, y el orgulloso ilocano, desagradecido como buen indígena, fuése de puerta en puerta (¡pobre Poblete!) encareciendo á cierta laya de filipinos que, si eran suscriptores de *La Opinión (lugar* de la *Coba),* se dieran de baja.—«Ya lo veis; se burla de mí, un compatriota vuestro; debéis conceptuarlo como una grosería, y si sois patriotas, no debéis coadyuvar al sostenimiento de un periódico que se complace en rebajar al pueblo filipino.» Algo así debió de decir Isabelo de los Reyes; y, en efecto, hubo lo menos tres bajas en el periódico.

¡Aquella *Coba!* Tuvo el privilegio de que Blumentritt, *La Solidaridad* y *La Paz* (que dirige un filipino), protestasen con muchísima energía. Por lo mismo, voy á copiar algunos parrafillos de aquella *Coba:* ¡justo es *halagar* á los protestantes!

«¡Lo quiere D. Isabelo...!

(Coba)

¡Lo que hemos sentido haber dicho que don Isabelo no es un historiador, digno émulo de

D. Modesto Lafuente!... Tal vez el joven de Ilocos (y le llamamos así, porque ya nos tiene fritos en fuerza de decir que es ilocano... ¡buen provecho!... y que sea por muchos años, joven ilustre); tal vez, decíamos, esté a estas horas *empadado* con nosotros el famoso folk-lorista, por aquello que le dijimos...

Pero de hoy más habrá de apreciarnos; porque, *desde esta fecha*, nos proponemos ensanchar los horizontes de su reputación; y como D. Isabelo es algo presumidillo, y se muere por los *bombos*, con estos que ahora le demos quedarán hechas las paces... y algo más: queremos decir; nos éstimará bastante, aunque no sea en el grado que estima á su «sabio amigo» ¡¡Herr!! Blumentritt.

Isabelo se habrá dicho:

—«Yo soy historiador reputado; folk-lorista único; literatazo de tomo y lomo; entiendo de numismática y sé donde me aprietan las chinelas... ¿Qué me falta, pues, para resultar una raíz cúbica de Cánovas? *¡Eso!*... Meter la pata, digo, la baza en los asuntos pólíticos... Yo debo de tener algo de Richelieu,... sí, sí: *yo* he nacido para hacer política: pues hagamos política. Por de pronto, tocaré un tema de gran transcendencia; punto en el cual estoy bastante impuesto. Mis viajes por Europa (1) me han dado cierta experiencia de las cosas de la vida y ¡phs!... hablaremos de la necesidad ineludible de *crear* las Diputaciones á Cortes por Filipinas... ¡Quién sabe!... En Ilocos puede que triunfe mi candidatura, y en-

(1) Don Isabelo no ha salido en su vida de Filipinas, ni saldrá, como no sea para ir á estudiar, sobre el terreno, las costumbres de Joló ó de Marianas.

tonces... ¡entonces arde Troya! ¡Poquitas cosas que diría yo, si fuese Diputado!—Verbigracia: «Señores: Aunque soy de Ilocos, mi tipo tiene »mucho de árabe; así lo he dicho en la primera »página de mi obra en dos tomos y en dos len»guas *Historia de Filipinas;* y si así lo he dicho, »es porque mi sabio amigo Herr Blumentritt »me lo escribió acto seguido de haber visto mi »retrato...»

Quedábamos, querido lector, en que D. Isabelo es un excelente joven, que ha pedido (¡ÉL!) diputados á Cortes por Filipinas...

....

(*La Opinión*, del 5 de Junio de 1889.)

II

Sí, apreciable amigo: Ud. pretende hacerse célebre—como le dice muy bien *La Voz de España*—y hasta que no lo consiga, no parará.

....

Usted veía que su poquita fama (que se la hemos dado los periódicos locales, brindándole las columnas y aún elogiándole con suma benevolencia, las más de las veces) no saciaba lo bastante su avidez de *gran celebridad*; y se habrá dicho:—«¿Cómo haré yo para que converjan hacia mí las miradas de todos los habitantes del Planeta? Pues pidiendo lo que ningún paisano mío ha pedido en Filipinas: los Diputados á Cortes por este rico y *adelantado* Archipiélago »

Y, con efecto, el joven ilocano ha redactado un precioso articulito, que ha visto la luz en *La España Oriental* del día 2, y que empieza así:

«Ya que por segunda vez mi buen amigo el

tonces... ¡entonces arde Troya! ¡Poquitas cosas que diría yo, si fuese Diputado!—Verbigracia: «Señores: Aunque soy de Ilocos, mi tipo tiene »mucho de árabe; así lo he dicho en la primera »página de mi obra en dos tomos y en dos len»guas *Historia de Filipinas;* y si así lo he dicho, »es porque mi sabio amigo Herr Blumentritt »me lo escribió acto seguido de haber visto mi »retrato...»

Quedábamos, querido lector, en que D. Isabelo es un excelente joven, que ha pedido (¡ÉL!) diputados á Cortes por Filipinas...

....

(*La Opinión*, del 5 de Junio de 1889.)

II

Sí, apreciable amigo: Ud. pretende hacerse *célebre*—como le dice muy bien *La Voz de España*—y hasta que no lo consiga, no parará.

....

Usted veía que su poquita fama (que se la hemos dado los periódicos locales, brindándole las columnas y aún elogiándole con suma benevolencia, las más de las veces) no saciaba lo bastante su avidez de *gran celebridad*; y se habrá dicho:—«¿Cómo haré yo para que converjan hacia mí las miradas de todos los habitantes del Planeta? Pues pidiendo lo que ningún paisano mío ha pedido en Filipinas: los Diputados á Cortes por este rico y *adelantado* Archipiélago.»

Y, con efecto, el joven ilocano ha redactado un precioso articulito, que ha visto la luz en *La España Oriental* del día 2, y que empieza así:

«Ya que por segunda vez mi buen amigo el

distinguido escritor D. Federico Ordax y Avecilla...»

Este D. Isabelo tiene una suerte, que de todas veras le envidiamos: cuenta con la *buena amistad* de todo aquel que le alude ó que le dirige la palabra un par de veces. Él es así. Otro diría: «mi *respetable* amigo», por tratarse de escritor que no es un gacetillero, ni menos un muchacho de pocos años. Pero ¡las circunstancias! —como dijo el otro.—D. Isabelo puede permitirse estas *fraternidades*, porque para eso es autor de media docena de libritos, fué premiado en la Exposición que hubo en Madrid y es correspondiente de la Sociedad *Indo-Chinois* de París... Todo esto, y algo más, es D. Isabelo: inclusive, amigo distinguido del *sabio Profesor alemán* ¡¡Herr!! Blumentritt. Pero dejemos á un lado digresiones. Sigamos leyendo á D. Isabelo; el cual, en el segundo párrafo de su articulito, dice:

«Verdaderamente, dentro de la redacción de *La España Oriental* no habrá partidario más entusiasta que yo del Sr. Gómez de la Serna...» (Un filipino, director de *La Paz.*)

De donde se deduce, que fuera del local donde se redacta la revista nombrada, puede haber partidarios del Sr. la Serna mucho más entusiastas que D. Isabelo; lo cual no nos extraña...

Pero... *caemos* en una cosa: lo que el distinguido ilocano quiso dar á entender, no es sino que *él forma parte* de la redacción de *La España*. Esto redunda en beneficio del *charol* propio, y no era cosa de perder ripio: se presentó la ocasión, y lo soltó inmediatamente. Mas no paran aquí los méritos del joven hijo de Ilocos: es tam-

bién orador privado, y así lo confiesa en las siguientes líneas:

«...no habrá partidario más entusiasta que yo del Sr. Gómez de la Serna, cuyo artículo sobre la representación filipina (*sic*), que ya conocen los lectores de la Revista, *he defendido calurosamente en discusiones privadas* (sic) en esta redacción, entre otras personas, con el referido Sr. Ordax.»

¡Lo que hubiéramos dado por presenciar esa *calurosa discusión* PRIVADA entre D. Isabelo y D. Federico Ordax!... Es cierto que D. Federico tiene sus 45 años; que gran parte de su vida se la pasó codeándose con hombres de mucha talla política; que tiene, como escritor, largos años de carrera... Pero ¿qué vale todo esto en frente de las cualidades del joven ilocano, que sobre haber nacido en Ilocos, es folk-lorista, historiador y polemista *privado-caluroso* .. y *amigo* del *alem in* Blumentritt? ¡Vamos!... Así se explica que D. Isabelo *no se convenciese*. Ya lo dice ÉL:

«Ahora este amigo (alude al Sr. Ordax) dice en el *Diario* que *casi casi me ha convencido*.»

[illegible] onito es D. Isabelo para que le con- [illegible] que Filipinas no necesita representa- [illegible] ortes! ¡Bonito es él! ¡Negros se hubie- [illegible] to Cánovas y Salmerón, Sagasta y Castelar, para [illegible] l autor de *Ilocanadas!*... [illegible] anto entiende de política, ¡!! [illegible] morfismo!...

. . . .

[illegible] de Ilocos, quién sino un necio, [illegible] representar en Cortes á la Isla de [illegible] ¿Quién, joven de Ilocos, tendría todo [illegible] de representar en Cortes al pueblo Igo-

rrote? ¿Ud. cree que el Diputado por Lepanto podrá codearse dignamente con el Diputado por Habana ó Barcelona? Pues á fe que *aprecia* el joven de Ilocos las *glorias* de los *mamanúas*, *igorrotes*, *negritos* y tantas otras razas selváticas del Archipiélago filipino!

¿Pero Ud. sabe lo que significa la palabra Diputado?

....

(6 de Junio.)

III

....

Tenemos á la vista su famoso articulito. Hemos puesto ya en solfa los tres primeros párrafos. Vamos allá con el cuarto, en el cual dice usted: que *surgiría un problema económico para* SOSTENER LOS DIPUTADOS.

¡Ay, querido D. Isabelo, ilustre hijo de Ilocos, la tierra de las mantas y otros tejidos de mérito!... Ud., por lo visto, ignora que, á veces, ser Diputado cuesta la friolera de 6, 8, 10 y hasta 12 y 15.000 pesos... Ud. ignora que hay quien se rasca el bolsillo en una cualquiera de esas sumas, y, á pesar de *eso*, no sale Diputado. Y usted ignora, por último, que sobre costar dinero, por lo común, ser Diputado, los Diputados á Cortes en España *no tienen, ni tuvieron nunca sueldo!*

Sigue Ud. hablando, mejor dicho, *delirando:*

«No ha comprendido bien (dice Ud. al Sr. Ordax) lo que dijo el Sr. Laserna relativo al desconocimiento que *hoy día existe* en el Parlamento sobre las cosas de Filipinas...»

¿Conque hay desconocimiento, eh? ¿Y no lo habría, habiendo Diputados por Filipinas? ¿No?

Pues supóngase D. Isabelo que ÉL es Diputado: un colega suyo promueve un debate sobre la crisis económica en este Archipiélago. ¿Qué podría decir D. Isabelo sobre este tema? ¿Ó es que usted también presume de economista?... ¡Vaya! Pues sea otro el asunto. Se levanta un Diputado (no por Filipinas) y dice: «Acabo de recibir un telegrama, en el cual se me da cuenta de que un fuerte *báguio* ha arrasado tres provincias filipinas. Ruego al Sr. Ministro de Ultramar me diga si esto es cierto.»

El Sr. Ministro dice que nada sabe; pero que pedirá detalles por telégrafo. En esto, Ud., don Isabelo, se levanta y explica lo que es un *báguio* (en el doble supuesto de que Ud. sepa meteorología; y además sepa expresarse con cierta corrección en castellano).

Al día siguiente, ¿qué pasa? Pues que el señor Ministro de Ultramar exhibe un despacho telegráfico oficial, en el cual consta que no ha habido *báguio* ni tales carneros...

¡Bonita plancha hizo Ud., compadre!

La misma que hacen ciertos periódicos peninsulares, redactados por gente que no vacila en aceptar como ciertas cuantas exageraciones, patrañas y mentiras les escriben desde aquí.

¡Pero mire Ud. que es empeño el de D. Isabelo! ¿Pues no cree que habiendo Diputados por Filipinas, aquí elegidos, desaparecería la ignorancia que suele haber en las Cortes, cuando de Filipinas se trata? ¡Pobre *también* D. Isabelo! Ya se conoce que no sabe el pobre cómo se hacen las elecciones!

....

(7 Junio.)

IV Y ÚLTIMO

No se quejará seguramente de nosotros el autor de *Ilocanadas*. ¿Hemos, ó no, contribuído con nuestra *Coba* á ensanchar el horizonte de su reputación? ¡Vaya que sí! Hoy pondremos la contera á esta corta serie de gacetillas á ÉL dedicadas. Y pues que, con la presente, nos despedimos de joven tan ilustrado y tan ilocano, explicaremos la causa del título de la *Coba*.

¡Lo quiere D. Isabelo...! Es decir, lo quiere *él*, ÉL, ¡ÉL!, que dice así, en el promedio de su articulito:

«Ya he dicho á Ud. (dirigiéndose al Sr. Ordax): temo que la proyectada Camara *(Colonial)* sirva como otro obstáculo administrativo; temo que venga á sancionar inconveniencias gubernamentales; y QUIERO los diputados á Cortes...»

Dejemos á un lado el TEMO. Vamos al *quiero*. ¿Ustedes han leído en toda su vida un QUIERO más inmodesto, más tonto, más cursi y majadero que el QUIERO de D. Isabelo? ¿Pero este joven no lee las pruebas de sus *trabajos?* ¿No le suena á simple, á tonto, ese «quiero» que con tanta frescura escribe? Esta no es *franqueza natural*, D. Isabelo; esta es tontería natural; es falta de costumbre de escribir para lectores cultos. En Cánovas sería tolerable; pero en Ud., joven de Ilocos, que alardea de escritor modesto, no; de ninguna manera. ¡Pues, hombre, ni que hablase Ud. desde la misma cumbre del Sinaí, teniendo á sus pies, boqui-abierto, un pueblo de cien millones de almas!

¿Qué dirá el Sr. Ministro de Ultramar cuando

lea su famoso articulejo? Después de reirse de la sintaxis averiada en que Ud. *perora*, se reirá asimismo de la inmodestia, del tupé, de la frescura con que Ud., con su «natural franqueza», expone sus soñadas teorías. Lo menos cuatro veces dice usted, D. Isabelo, á D. Federico Ordax, que «no ha comprendido lo que dijo el Sr. Laserna». ¿Pero Ud. por quién toma á D. Federico Ordax, infeliz? ¿Qué podrá Ud. comprender que no comprenda la ilustrada persona á quien Ud. trata poco menos que como á un compañero de colegio?... ¡Cuidado si es Ud. infelizote, joven de Ilocos!

Repetímosle que no se forje ilusiones: Ud. no goza, ni mucho menos, de la popularidad que cree gozar entre sus paisanos: sus paisanos de usted, óigalo bien, lo que quieren, antes que Diputados, es constituir un pueblo digno de tenerlos, esto es, un pueblo culto, á la altura de los de Europa.

Predique Ud., pues, la difusión de la enseñanza, en primer término, y esté seguro de que entonces nuestro juicio será aplauso, y no una *Coba*.

—

Otros muchos descalabros podíamos sacar á relucir de los innúmeros que su corto artículo contiene. Pero... ¡basta por hoy! No terminaremos, sin embargo, la presente *Coba* sin copiar unos cuantos rengloncitos de D. Isabelo:

Helos aquí:

«Sucede ahora que mientras se tratan otros asuntos que parece necesitar el país, se olvida de reformar lo más urgente, el actual sistema de recaudación por cabezas de barangay, que

es una verdadera calamidad para el país, infinitamente más abrumadora aún que la china, oponiéndose á que los indígenas construyan buenas casas, para ocultar así su dinero que no quieren perder abonando lo que no han cobrado y admiten oficios bajos que les familiarizan con la falta de dignidad.»

Al que los descifre, se le dará el hallazgo.

Esto del hallazgo, lo decimos, porque lo que no parece en las anteriores líneas, es... el sentido común.»

(*La Opinión*, 8 de Junio 1889.)



Copiada la *Coba* que tanto amargó á Don Isabelo y á los entusiastas de don Isabelo—*Coba* que trajo por consecuencia tres ó cuatro bajas de filipinos suscriptores á *La Opinión*—sólo debo añadir que Isabelo se mueve cuanto le es posible, y predica por las casas de sus amigos lo mucho que él vale y lo indignos que son los españoles que de tal modo *denigran* al pueblo filipino.

¡Como si el *pueblo filipino* lo compusiese exclusivamente don Isabelo!....

¡Habráse visto un Isabelo más *Isabelo* que este *de los Reyes!...*

IX

EL POPULAR

Este número romano tiene íntima conexión con el anterior. Nuestro *correvedile* se cree todo un hombre *popular;* se tiene por ser *influyente en las masas.* Ya he dicho que, no obstante sus excursiones domiciliarias en solicitud de *bajas* para *La Opinión*, no consiguió en esto lo que se proponía; de donde se infiere que es risible la suposición que sustenta

el ilocano, de creerse un Ducazcal manileño.

Mas por si tan importante dato no bastare, ahí va otro.

La *Revista Católica*, del Sr. Hazañas, tomó á su cargo la publicación de la *Historia de Filipinas*, de Isabelo de los Reyes. Cuando salió á luz el pliego séptimo, dijo la *Revista* que «la *Historia* le proporcionaba mayor gasto del que la Empresa podía imponerse; pero que no queriendo dejar de publicar la obra comenzada, suplicaba á los lectores que, el que tuviera gusto en continuar leyendo la *Historia* de Isabelo, se suscribiese á la *Historia*,—mediante un precio verdaderamente módico.»

¿Y qué pasó? Pues que la *Historia falleció* en el pliego *nueve... por falta de suscriptores.*

Conque... ¡si será popular, si tendrá entusiastas D. Isabelo, que en un país de siete millones de almas, no hubo ciento que sacrificasen *cuatro cuartos* semanales por leer la *Historia* de tan famoso y *popular* ilocano!...

X

LA PUNTA DE LA OREJA

La ha enseñado infinidad de veces. Imposible enumerarlas. Sin embargo, ahí van unos apuntes:

Ya dije que á los autores Frailes les nombra por el apellido á secas; ni les pone *Fray*, ni *Padre*, ni les antepone ó pospone un elogio atenuado siquiera. Nuestro simple, escribe: «La *Flora* de Blanco, Mercado, Naves...»—En cambio, no cita nunca al *alemán* Blumentritt sin *adjuntarle* bombos de este calibre: «el reputado Profesor»; «el insigne orientalista»; «mi sabio amigo», etc.

No es siempre lo entusiasta que Rizal y

Paterno de la antigua civilización tagala; hasta se permite alguna que otra vez contradecirles. Pero, *en el fondo,* se les parece: ¡si les bebe la sangre!... Les plagia, vamos.

Como Rizal, padece la pesadilla de que los indios son «oprimidos inicuamente» por los peninsulares. Cuando fueron tropas á Carolinas, con el propósito de castigar á los salvajes kanakas, á raíz de la primera hecatombe—de las dos que contamos ya, en cinco años—todos los soldados fueron conducidos á bordo del buque de guerra en varios grandes *cascos* (embarcaciones que se asemejan á las *bateas* de Europa); y tanto indignó á Isabelo que las tropas indígenas sufriesen quince minutos de sol, que, en su correspondencia á *El Eco de Panay,* dijo—haciendo antes constar que los españoles *(los oficiales)* fueron en cómodos vaporcitos:—«*los soldados indios fueron conducidos en* cascos, *como cosas*...»; sin pensar, el desdichado, que los soldados *peninsulares* corrieron la misma, idéntica suerte que los soldados naturales del país.—De merecer consideración los soldados, por ir en cascos, antes eran los españoles, pues que al fin y á la postre, más daño les hace el sol á los europeos que no á los indios, que se pasan la vida de cualquier manera.—Tanto indignó en Manila el «*como cosas*» de D. Isabelo, que se decretó por el Gobierno general entonces que toda correspondencia de la Capital enviada á los periódicos de Iloilo, no debía publicarse sin que fuesen censuradas previamente las cuartillas por el Censor de Manila.—Y los demás corresponsales sufrimos molestias sin tasa, por aquella sandez del joven D. Isabelo.—Poco después, *El Eco de Panay* le despidió.—Y el decreto de marras dejó de surtir efectos.

Comentando en cierta ocasión, en su *Ilocano*, el que algunos periódicos manileños se quejasen de lo mal que cobraban el importe de las suscripciones, dijo Isabelo: «*Pues nosotros cobramos puntualmente; y es que nuestros suscriptores*, POR PATRIOTISMO, *desean que subsista nuestro quincenario...*»—¡Por patriotismo!... ¡Por patriotismo!... ¡Pues apenas *dice* la frasecilla!...

Isabelo es el iniciador de un monumento que se erigirá, si se erige, en Ilocos, á la memoria de los *generales indios* Peding y López. Salvo que estos *generales* no fueron en su vida generales, lo demás está bien, por más que la intención tenga un poquito de oreja. Es de advertir que en algunas suscripciones nacionales, no pocos indios han contribuído con su *óbolo*... los más por excitaciones de los Frailes párrocos (y no se olvide que raro es el filipino que se corre con largueza): de suerte que ellos pueden decir: «*Os hemos ayudado*». Se le ocurre á Isabelo lo del monumento á Peding y López—indios que no hicieron nada de particular, pues que todo buen ciudadano está muy obligado á defender con vergüenza el territorio propio;—y como son rarísimos los peninsulares que tienen noticia de que existieron, muchos años há, dos indios llamados Peding y López, y como, por otra parte, Isabelo, por su proceder literario, no tiene sino excepcionales amigos entre los peninsulares, claro es que resulta *rara avis*... el español que concurre á esta suscripción que engendró D. Isabelo.—Y dirá D. Isabelo, así que el monumento se halle concluído: «*¡Compatriotas!* (á los indios); ya lo veis: nosotros les ayudamos; y ellos no nos ayudan: *luego* nosotros somos los mejores». — Lo grave del caso es que Isabelo no pasa de *Póblete*.

A Quioquiap, á Maseras, á Rincón, á Millán..., á cuantos periodistas (inclusive yo) no aceptamos la peregrina teoría de la igualdad intelectual de las razas, nos profesa odio mortal; y aprovecha la ignorancia de ciertos directores para insertar en algunos periódicos tonterías como la siguiente, que salió en el *Diario*: «*Hay* aetas *que superan en inteligencia á los tagalos; y ya se sabe que los tagalos están al mismo nivel intelectual que los europeos*». De donde se infiere que los papúas de Mariveles no han hecho aún una torre superior á la de Eiffel, porque no han querido. Si van en taparrabo es porque les place.

Ha adoptado la *ortografía*, con *k* y *w*, preconizada por el alemanizado José Rizal.— Y eso que Isabelo confiesa que le aborrece.

En cuanto pudo mangonear en *La Opinión*, quiso *meterse* con Quioquiap: y le acusó de que sus artículos, poniendo de realce la inferioridad de gran parte de los indios españolizados por virtud del Código, no se compadecía con la política *de atracción* seguida por España en Filipinas: de suerte que Isabelo llamó, inconscientemente, sin duda, igorrotes á todos los filipinos.

Inconscientemente... ¡Oh! sí, inconscientemente: hágole favor á D. Isabelo llamándole cabeza hueca. ¿Cómo, si tuviese común sentido, y verdadero patriotismo, escribiría las majaderías que publica? Y no se eche en olvido que sólo por casualidad no tiene alguien que le pase una gamuza á las cuartillas. ¡Pobre Isabelo! Sin Censor de imprenta y sin un compañero que le asista, cuando pare, ¡tendría que ver!

¿Qué más? Cuando murió el ex gobernadorcillo de Santa Cruz, Félix del Rosario, uno de los pocos que tomó con empeño la reali-

zación del *Gran Buñuelo* de Marzo del 88, Doroteo José, otro que tal, dedicóle sobre la tumba un elogio fúnebre: y de los Reyes ensalzó al difunto y al orador Doroteo,—el cual fué multado por su discurso en 150 pesos, según se dijo, y no fué á Joló ó á Marianas por chiripa, según se dijo también.

Don Isabelo tiene mucho más de tonto que de otra cosa: nada de lo escrito, á lo que puede añadirse su vehemente deseo de andar siempre con el Código civil á vueltas, denuncia en el joven ilocano un hombre pujante. Es un infeliz con su poquito de *negra* intención, con alguna lectura mal digerida de la Historia del Archipiélago filipino y con una dosis inconcebible de vanidad, ingratitud é inconsciencia.

Todo su afán es difundir *ideas:* y raro es el indio que le hace caso.

Rizal ha escrito recientemente, con motivo de una declaración de D. Isabelo, en cuestiones históricas:

«No creemos que lo haga por captarse las »buenas gracias de los Frailes agustinos, pues »sería tarea inútil, *habiendo D. Isabelo hecho lo »que ha hecho.*»

Esto lo dice Rizal. La cosa merece meditarse.

¡Y pensar que hay aún Religiosos que aprecian á Isabelo!...

¡A pesar de lo hecho!...

Y termino con una preguntilla:

¿Quién es más tonto, don Isabelo ó los que le hacen algo de caso?

Yo creo que los últimos; pues D. Isabelo, el pobre, es tonto de nacimiento.

¿Y qué culpa tiene él?...



TOMÁS DEL ROSARIO

Por algo se ha dicho que á todo hay quien gane. Existe un abogado, manileño, tal creo, y mestizo, si no me equivoco, que firma *Ldo. Tomás del Rosario*... mucho más timador de ajenas literaturas que el propio D. Isabelo.

Este del Rosario vino á la Península á terminar la carrera que hoy ejerce. No sé si aquí, en Madrid, *poliquetearía*. En Manila no lo hace, á lo menos por escrito, pues yo no sé que haya publicado nada en aquellos periódicos; y libros... que los haga otro, porque del Rosario, como no sea copiándolos, no los sabría hacer.

Goza en Filipinas, entre los badulaques é ignorantuelos, cierta fama de listo. Y la goza en justicia: así como así, ¡vaya si es *listo!*

—¡Oh! Tomás del Rosario... —me decía en tono archi-solemne un indígena candoroso cuyo ánimo solía yo explorar.—Tomás del Rosario, *meresía* ser catedrático: ¡vale mucho! Figúrese Ud. que cuando, allá en España, quiso volver *en Pilipinas,* ¿sabe Ud. lo que *hiso?* Pues escribió una novela muy buena, se la dedicó al Sr. Núñez de Arce, que era entonces Ministro de Ultramar, y el Sr. Ministro

le dió un destino para *Pilipinas,* y Tomás del Rosario *hiso* el viaje por cuenta del Estado. ¡Listo *también!...* ¡créame usted!

En efecto. Tomo la novelita, de D. José Felipe del Pan, titulada *El médico de su honra*, donde se relata un hecho acontecido en Manila muy semejante en el fondo al del drama de D. Pedro Calderón que lleva idéntico título; abro la obrita por la página tercera, y leo:

«Advertencia

»Ocurrió en Madrid hace pocos años á un »joven estudiante filipino, D. T. del R.» *(Tomás del Rosario)*, **«honrar este pobre y ya antiguo »trabajo mío, haciéndole suyo y dedicándolo al »eminente poeta Sr. Núñez de Arce, á la sazón »Ministro de Ultramar, quien lo acogió con sin»gular benevolencia, recompensando al supues»to autor con una credencial...»** *(Abril de 1888.)*

***

¿Qué les parece á ustedes? Es ó no listo este Sr. del Rosario. Él se diría: la *Revista de Filipinas* del año 1870, nadie la conocerá actualmente en Madrid; pues extraigo de sus páginas la leyenda del Sr. del Pan, reprodúzcola en un periodiquillo de Madrid, de esos que no van á Filipinas; dedico *mi trabajo* (el de la copia) al Sr. Ministro, y me calzo un destino, y vuelvo á mi tierra de rosita, esto es, por cuenta del Estado...

Y, en efecto, volvió por cuenta del Estado.

Preciso es confesar que, como *listo*, lo es.

Y como *timador* de literatura, también.





TAGA-ILOG

I

DESPUÉS de Rizal, Taga-ilog es, como prosista, el menos detestable de cuantos filipinos colaboran en *La Solidaridad*. No es lo batallador que Pláridel, ni lo viperino que López Jaena; pero en cuanto *intencionado*..... ¡vaya un discípulo aprovechadito de Rizal!—Taga-ilog es *tremendo;* un verdadero *enfant-terrible;* mejor dicho, un *sprit-fort.*—Exagera un poquitín (1); se contradice frecuentemente; presume de cosmopolita, de ilustrado, etc., etc.

Pero, en cambio, no presume de físico. Óigasele:

---

(1) Taga-ilog, después de *flanear* por las afueras...

«Ya en la ciudad—dice—*(esta* ciudad *es Madrid)* me dirigí á un estanco para que pusieran sello á una carta mía para Filipinas.

—Póngame á esta carta un sello para provincias, de 15 céntimos.

—No, señor; esta carta es para Filipinas: necesita 50 céntimos.

—¡Ah! ¿Y dónde la echo?—pregunté dudando si Filipinas era colonia ó provincia española.

—Pues en el buzón que dice: *Extranjero.*

—Comprendido.»

Se puede interpretar de muchos modos este *comprendi-*



primera en la capital de España, tenía veinte años; ¡veinte! Y..... ¡lo que gozó con las *rubias!* Ni Lord Byron en Cádiz!—Para que creamos en *eso* de que es feo!... ¡Digo! Y estuvo en un tris que una mamá madrileña le echara el guante para su hija Angelita!... Gracias á que él, Taga-ilog, es chico listo y pudo evadirse...

Pero *procedamos ante todo por partes,* como dijo López Jaena en el Ateneo Barcelonés.

Una de las muchas novias que tuvo Taga-ilog en Madrid, se llamaba Angelita; joven «espiritual, romántica y cariñosa»....; «su conjunto esbelto recordaba *(sic)* á *(sic)* la Venus de Milo» *(sic).*—Los amores de Angelita y Taga-ilog eran *de ocultis.*

«Pero todas nuestras precauciones—dice Taga-ilog—por que no se descubrieran nuestros amoríos, resultaron estériles; mi futura suegra debía saberlo todo, todo, hasta el detalle más pequeño; pues un día, viéndonos á Angelita y á mí departiendo en amorosa plática, me dijo:

—¡Qué buena parejita hacen los dos!

En aquel momento creí morirme de susto.

—Atanasio—me decía Angelita,—¿por qué no le dices á mamá que me quieres y piensas casarte conmigo?

....

—¡Señor Lajamán, Atanasito, hijo mío!—me dijo solemnemente doña Ramona una noche á las doce en punto.—Ya es hora ..

—¿De marcharme? Sí, señora; voy á tomar mi sombrero.

—No, no es eso. Es hora de que le diga á usted lo que he visto. Es un asunto serio, grave, gravísimo, sí, señor. Yo no me opongo á ello: al

[illegible] que tengo
[illegible] los amores
[illegible] los [illegible]
[illegible]

matrimonio de esta naturaleza tal vez pudiera consolidarse; pero en Filipinas...

Óigase un sucedido que refiere el afrancesado Taga-ilog. *(Afrancesado,* porque ser afrancesado *viste* mucho.)

Lo refiere por boca de un paisano suyo, viejo él, que reside en Filipinas:

«Cuando en mis mocedades estudié en esa *(en Madrid)* Medicina, tenía un colega y paisano que por un desliz tuvo que casarse con una chica, hija de nuestra patrona, de singular hermosura, aunque de educación muy descuidada.

Este matrimonio vino á Manila, y al desembarcar, ella encontró raro que muchos indígenas llevaran la camisa con los faldones hacia fuera y con trajes blancos y ligeros.

—¿Pero así vais vosotros por aquí?—preguntó á su marido.—¡Casi vais desnudos!...

Ella, no acostumbrada al calor del país, no comprendía que aquellas ropas eran más que suficientes para ir con decencia.

Decía luego que las casas eran demasiado grandes; que no podía resistir el calor, porque sudaba, y su marido la hacía que se mudara á cada momento de traje.—«Hija (solía escribir á alguna amiga en Madrid); aquí no llevamos tres días un traje; en seguida hay que lavarlo; en cambio, allá, con un vestido en verano y otro en invierno, está una aviada»

De los hombres que llevaban trajes blancos y de las señoras y señoritas que iban de compras por la Escolta, decía que ellos iban en calzoncillos y ellas casi en camisa.

Distintas maneras de apreciar las cosas.

Tampoco podía soportar á sus criados, por-

que éstos andaban siempre con el agua á vueltas.

—Parecen patos—solía exclamar la pobrecita.

Mas no fué esto lo mejor. Un día que iban á salir á paseo en su lujoso coche, el cochero, por el calor, y como es costumbre, se había olvidado la camiseta, y enseñaba, á través de la transparente camisa de jusi á listas blancas y azules, un hoyuelo ridículo y nada gracioso en el centro del vientre. ¡Allí fué Troya! La señora, al verlo, se desmayó; hubo sustos, llantos y afirmaba que no le era posible vivir en aquel país.

Los disgustos comenzados menudearon, y ella llegó hasta á burlarse de su marido, porque éste pasaba todo el día en calzoncillos y en camisa de chino.

Ya puedes figurarte los disgustos ocasionados en aquella familia por estas genialidades. Allí no había tranquilidad, ni sosiego; allí no había más que batallas matrimoniales y suspiros por España.»

Yo sé otro sucedido.

Érase un indio algo adinerado y excesivamente lúbrico, que vino á España á pasar plaza de personaje. Enamoróse perdidamente de una madrileña bastante guapa, rubia y modistilla de profesión. El indio, *por más que hizo,* no pudo conseguir que ella le otorgara el mayor de los favores.—«¡No... eh? Pues me caso»—se dijo, y, en efecto, ofreció su mano á la rubia modistilla. Ésta, que no era tonta, le exigió doce mil duros de dote.—«Conformes: pero te vendrás conmigo á mi país»—repuso el indio.—«No hay inconveniente; pero si aquello no me sienta bien, ó tú no me tratas como Dios manda, me vuelvo á España con *mi* dinero.»

Fuéronse á Filipinas. Durante el primer mes de residencia en aquel *Jauja,* no lo pasaron del todo mal los recién casados. Pero, un par de meses después... ¡horror! *él* volvió á la *morisqueta,* al *buyo,* al *poto,* á la *bibinca,* etc.: pasábase las horas tumbado en el suelo, sobre un petate, en calzoncillos y con los pies desnudos...: *se confundía* con el cochero, con el *sota,* con los *batas,* con todos los ilustres servidores de la casa... Y *ella,* no obstante su ordinariez, comenzó á hastiarse de su marido, ó mejor, tomó repugnancia á su consorte,—el cual, por otra parte, no la trataba muy bien,—y, con los doce mil duretes en la bolsa, regresó á España la hermosa ex modistilla; tan campante, ¡eso sí!... ¡Como que había hecho un viaje de recreo y ganado doce mil en un trimestre!

Á buena verdad que le salió caro á aquel indio lascivo el gustazo de acostarse durante algunos meses con una madrileña joven, hermosa y rubia, *pero* de la clase baja.

Conformes, Taga-ilog: *ustedes,* en Filipinas, *tienen costumbres y usos que son incompatibles con los nuestros.* Ó, hablando con más exactitud: *la mayor parte de los filipinos tienen,* en su país, *usos y costumbres que no aceptan para sí muchos peninsulares.*—Y vice-versa.

Inclúyame Ud. entre los que odian la morisqueta, aborrecen el buyo, reprueban el baño en los esteros (que tienen muchísima porquería) y rechazan la vida en la perezosa, con los pies al aire y las piernas poco menos. Créame Ud.: las costumbres indias me atacan los nervios: las respeto en el indígena sin pretensiones; pero en los indios, mestizos, etc., que *se las tiran, exteriormente,* de europeos y, *en la vida íntima,* son tan indios como los indios bravos... ¡oh, señor Taga-

ilog! en éstos *que presumen* no me parecen del todo bien tales usos y costumbres, y por eso precisamente he criticado, critico y criticaré el buyo, la morisqueta, el poto, etc., etc., *et sic de cæteris.*

III

Que un indio en España contraiga matrimonio con una peninsular, y esto le condene á vivir aquí toda la vida, es ciertamente horrible, si el indio tiene el temperamento de un Taga-ilog. Según este eximio literato, Madrid no vale dos *francos* (1), ni los españoles,

(1) Es de oro el artículo en que Taga-ilog pretende describir las calles de Madrid. Véanse unos fragmentos:

«Las calles de Madrid, en general, son estrechas, el piso de pedruscos agudos, y por esta razón en todas partes se lee esta muestra: *Callista:—se cortan callos.* Las casas de cinco y seis pisos, en donde viven hasta doscientas personas; con muchos agujeros ó ventanas, con las habitaciones muy reducidas, causáronme el efecto de nuestros palomares. Por los barrios bajos, los estrechos callejones por donde sólo puede transitar un coche, recuerda una ciudad morisca, y allá, por la plazuela del Rastro y el mismo Rastro, empinada cuesta á cuyos lados hay tenduchos ambulantes de todas las mercancías, recuerda Tánger ú otra población parecida. Por todas partes el mismo piso, propio para caballerías; por todas partes las mismas cuestas derechas, empinadas, que dan fatiga.»

....

«Terminaré con mi desencanto mayúsculo, con la Puerta del Sol. Allí desembocan diez calles; allí hay mucha gente, pero todo eso *no me asustó.* De ella solamente excitó mi curiosidad la muchedumbre de desocupados que van á tomar el sol y á calentarse en las aceras; la apretada masa de *seres vivientes de corto y de coleta* que se sitúa frente al café Imperial, estorbando y molestando al pacífico transeunte. ¿Qué hacen allí horas enteras? No lo sé ni lo he sabido nunca. Los madrileños dicen de la Puerta del Sol: una *cochera con una fuente central para las mulas*».—(Algunos pá-

salvas rarísimas excepciones, merecen el honor de que viva entre ellos un filipino medianamente instruído.. ¡Madrid!... Ni siquiera tiene bosques en las afueras. Y en cuanto á los habitantes de la villa y corte... ¡uf! ¡qué brutos son, qué ignorantes, qué todo!...

Viajaba Taga-ilog *«de París á...»*, y en su mismo coche venía un señor muy animal, muy ignorante, muy majadero, en fin, español de pura raza. Este cafre se pone á charlar con el sabio Taga-ilog...—*Recorto* del diálogo:

ESPAÑOL.—«¿Y de qué país es Ud., eh? Y dispense la pregunta.

TAGA-ILOG.—De Filipinas, para servirle.

E.—¡Oh! ¡De Filipinas! ¡Español, sí español! Déme esa mano. ¿Pero del mismo Filipinas ó de Manila?

T.—De la provincia de C.

E.—¡Ajá! ¡Buena provincia, buena! Muy rica, muy sumisa y obediente. La gente allí no trabaja; pero el suelo y la exuberante fertilidad lo hacen todo. *(Con tono solemne.)* Yo he sido tres veces, tres veces Alcalde mayor de esa provincia, la primera autoridad.»

---

rrafos más arriba, asegura que los madrileños dicen: «De la Puerta del Sol al cielo».)

«Filipinos que estáis en Filipinas: no os dejéis arrebatar por el canto de la sirena al piélago inmenso de las fantasías, porque el desencanto será terrible. Nos hablan tanto de *ella*, nos ponderan tanto su belleza y su hermosura (de la Puerta del Sol quiero decir), la ponen tan alto, tan alto .. que, derretidas las alas de la imagen formada ante el calor del realismo, la caída es mortal.»

Esto está escrito bajo el título «Impresiones Madrileñas»; las experimentadas de recién llegado de Filipinas, donde el 95 por 100 de las casas son chozas de caña y nipa.

Aquí tenemos un español, tan bestia, que á pesar de sus años de servicios en Filipinas, desempeñando un cargo para el cual se necesita un título académico, ¡no sabe que Manila es Filipinas!...

Digo más: de puro bestia, era ciego aquel salvaje ex Alcalde: ¡mire Ud. que haber estado algunos años en Filipinas y no saber de qué país debía ser Taga-ilog, siendo así que éste, según confesión propia, tiene el tipo *pronunciadamente malayo!...*

No basta, sin embargo, que el ex Alcalde español sea ciego é ignorante: hay que *hacerle* majadero, estúpido, indiscreto y... (sigue el diálogo):

—«¿Ud. es indio, eh?

—Sí, señor: indios mis padres y mis abuelos; pero no de la India, sino de Filipinas: *más bien* indígena de Filipinas. Hay muchos educándose en Europa.

—Eso es bueno; pero mientras no adquieran ustedes las maldades de aquí y las importen allí, infectándolo todo. Ahora tienen ustedes un ministro de Ultramar que... ¡ya, ya! *(Alude á Becerra.)*

—Muy amigo de necesarias reformas, según tengo entendido.

—¡Psé! Ni chicha ni limoná. Eso sí, muy amigo mío; ¡como que íbamos al colegio juntos!... Esas reformas sobre Instrucción pública que piensa introducir en Filipinas están calcadas de una conversación que tuve con él. No, no; Manolo no lo entiende. Ya se lo decía yo: «Manolo, »por ese camino no conseguirás lo que de»seas»...

Manolo no lo entiende, y, sin embargo, ¡cal-

ca sus proyectos en la conversación que tuvo con el ex Alcalde!...

¡Cualquiera entiende... á Taga-ilog!

Otra de las majaderías que el escritor filipino hace decir al ex Alcalde español, es la siguiente:

«—... por cierto que en mi gobierno mandé á la cárcel á los indios instruídos por dar mal ejemplo en la provincia. ¡Figúrese que *querían igualarse á los peninsulares!*»

Tiene, sin embargo, cierta explicación, cierto *intríngulis*, esta majadería del ex Alcalde. Taga-ilog escribe á renglón seguido:

«*Querrían* (los indios) *abusar como ellos*» (los españoles).

¿Verdad que parece como que se ceba Taga-ilog en este tipo de Alcalde?

Pero, dicho sea en honor de Taga-ilog: es fiel en algunas cosas; y así, verbigracia, pone en boca de su víctima verdades de este calibre:

—«*Los indios son de muy pocos alcances.*»

—«*Aquello* (Filipinas) *está plagado de salvajes.*»

Y váyase lo uno por lo otro.

IV

Si un español que ha sido Alcalde mayor en Filipinas ignora aun lo más elemental de aquel país, ¿qué no ignorarán cuantos peninsulares, sean ó no abogados, no conocen por propia experiencia el Archipiélago filipino?

Habla Taga-ilog:

«Lo único que acaso sepan *(los peninsulares)* es que en Filipinas hay mucho dinero y mucho fraile, como si *dinero* y *fraile*, allí, fueran sinónimos. Sobre Manila los conocimientos se reducen á los *ricos pañuelos de Manila* (los pañolones de China). Algunos, menos ignorantes, ya se atreven á divagar sobre el *tabaco*, el *abacá*»... «echa improvisado discurso sobre la *naturaleza exuberante de aquellas tierras vírgenes*, é introduciendo el *si yo fuera allí*, proyecta modificar la administración colonial españóla, etc., etc.» «*Nosotros*, añade, *no sabemos las minas que allí* »*tenemos ocultas y que podemos explotarlas*». Siempre, digo para mí, *la cabeza tira á la explotación.*»

Pues ahora, óigasele hablar con un sacerdote español:

«—¿De dónde son ustedes?, preguntaba un presbítero.

—De Filipinas, cerca de China, provincia del Japón, al Norte de Siberia.

—¡Ajá! Yo tengo un hermano allá por Mindanajao. ó Mindanajo. ¿Está eso por Luzón?

—¡Ya lo creo!—continuamos seriamente.—De Manila en dos horas en coche, y por el río Pásig en seis horas en banca, llega Ud. á Mindanao.

Fué nuestra admiración mayúscula, al ver á aquel hombre tan convencido.»

Verosímil; todo ello muy verosímil; mayormente, lo de que *la cabeza tira á la explotación*. ¡Lástima, lástima grande que lo que sólo es una aspiración no sea una realidad! Porque, bien mirado, los españoles hacemos el primo en una Colonia *nuestra* que se la fu-

man los *chinos*, los *ingleses*, los *alemanes*... extranjeros, en suma... de los cuales no se ha quejado aún Taga-ilog. ¡Si nadie se la fumase! Por lo demás, ¿será cierto que los ingleses, franceses, etc., que nunca han salido de la Metrópoli saben de pe á pa todo aquello que con sus respectivas Colonias se relaciona?

V

Probada la ignorancia de los españoles, pasemos á otro asunto.

Nuestras costumbres son salvajes; más que salvajes. Taga-ilog váse á las Ventas, métese en un ventorro, y presencia una juerga realizada por gente del bronce; la cual come bestialmente, bebe hasta la embriaguez y... se lanza al baile, al son de un organillo callejero.—Copio:

«La elegancia en las maneras, lo más elemental de la decencia, desaparecían por completo entre aquellos cuerpos, como atados por la fuerza, que ceñían las cinturas, bajo aquel mover lascivo, consistente en el juego de caderas, interrumpido sólo por unas vueltas rápidas. Aquella manera de bailar era el colmo de la indecencia; las curvas de la mujer desaparecían por completo en las rectas del hombre; éste la contemplaba fijamente al rostro, confundiéndose los alientos, y aquélla, apretándole con el brazo sobre el dorso, le atraía hacia sí, formando el todo un solo cuerpo. Si manos expertas hubieran hecho pasar un hilo por entre aquellos dos cuerpos... ¡tarea inútil!... ¡imposible! por los obstáculos que hubieran encontrado...

Aquello era ya la inmoralidad en todo su

apogeo; la decencia, por los suelos; la civilización y la cultura, ¿en dónde? ¿Las personas?... No sé.

Yo creía que aquello era un sueño. Pero, no. Delante de mí tenía el cubierto pedido, intacto; y ante mis ojos aquel cuadro. Mi cabeza ardía, pero en un segundo de lucidez, pensando que aquello era una pendiente resbaladiza, no quise esperar el final, y confundido y avergonzado, me arrojé de aquel inmundo lugar y ¡gran Dios! al salir me encuentro en la puerta con dos guardias municipales, que contemplaban alegres aquel espectáculo escandaloso.

—*Pero, ¡no ven ustedes eso!*—les dije, admirado de que no pusieran fin á aquel escándalo. —*¿Qué esperan?*

—*¡Ah! caballero; eso no es nada: se divierten.*»

El baile de máscaras le da motivo para otro articulazo. Condena el baile, por inmoral. ¡Pero!— aquí del contraste — hay que saber cómo son los bailes en Filipinas. ¡¡Oh, en Filipinas!!... En el país de los suspiros y el buyo; de las sílfides y la morisqueta; de los bosques floridos y del taparrabo... ¡Oid, oid lo que es el baile en Filipinas, *cantado* en prosa poética por el sublime artista Tagalog!—Habla el genio:



«Quien no haya sentido lo *sublime* y *hermoso* del baile, que vaya á Filipinas, y en las *rápidas* vueltas de un wals *vertiginoso*, entre *(uno)* aquellas colas que *huyen* y *vuelan* trazando *círculos* ESTRECHOS (!!), sentirá *loca alegría* al compás de *melodiosas* notas; ó al seguir los *indecisos* pasos de una *melancólica* danza, de ese aire *musical* que se mueve (!) entre *(dos) suspiros del mar*,

entre *(tres)* cañaverales, entre *(¡cuatro!) brisas;* y ciñendo con el brazo el flexible *(puede ser...)* talle de una filipina, cuando la mano en *dulce* presión *se pierde* entre *(¡¡cinco!!)* la *vaporosa* piña y la *húmeda (¿por el sudor?)* y *blanca (se dan casos)* carne, contemplad el *torneado* brazo *velado* por la *ancha* manga, que se apoya *confiado* (!!) é *indolente* sobre vuestro hombro; el seno *(¿contemplad?) virgen (á veces)* que *se levanta* á impulsos *del regocijo* (?); los ojos *húmedos (¿también?), alegres...¡* y decidme si el baile es *tonto*, ó vuestra pareja no es un *suspiro...»*

¡Ave María Purísima! Lo que yo me he reído al copiar este párrafo lírico-bucólico, húmedo-bailable!... ¡Qué modo de *adjetivar!* ¡Qué derroche de *entres,* y de brisas, y de suspiros, y de... cursilerías flexible-literarias!...

¡Pues y lo de *círculos* ESTRECHOS?...

«Decidme si el baile es tonto»...—pregunta Taga-ilog. ¡Qué ha de ser tonto, hombre de Dios! Lo tonto es el párrafo de Ud. Y en cuanto á que la pareja sea *un suspiro,* conformes, muy conformes,... cuando *ella* lo es.—También en Filipinas, como en todas partes, hay esperpentos que bailan.

En todo, absolutamente en todo, pretende Taga-ilog rebajar las cosas de España, realzando á su vez las cosas de Filipinas.

Conste que no repruebo el procedimiento. Pero tomo *nota.* ¿Por qué, pues, censuráis á Quioquiap, que procede á la inversa que vosotros, señores Taga-ilogs?

Por supuesto, una cosa es predicar, y otra dar... *vueltas:* á Taga-ilog no le gusta el baile á lo flamenco; pero va á la Zarzuela... á bailar á lo chulo, muy *arrimaito,* con mucho de *acá,* y una *mijita paya...*—¡puro flamenco!

En cuanto á sus *compatriotas*, los filipinos, ¡vaya si bailan *peral*, ó sea *arrempujando pa lante*, con un contoneo *fino*, y la piernecita muy metidita, mucho... *¡¡sin perjuicio!!*...— Yo he visto á algunos.

Formalicémonos.

Usted, señor Taga-ilog, que tanto odia los bailes inmorales, las costumbres inmorales, todo lo inmoral, vamos, ¿cómo puede vivir en París, la patria de las grandes marranadas? Yo no he estado en París *todavía*. Pero conozco á Mdme. Reina, una señora parisiense que reside en Barcelona; la cual, en un cuarto de hora de expansión, me contó horrores, ¡horrores!, de la juventud francesa de ambos sexos. Algo se ha leído, mi buen Taga-ilog; y por *Bathala* le juro que existe, sólo en París, mayor inmoralidad que en toda esta inmoralizada España.

¿Por qué no se distrae Ud. contándoles á sus paisanos, cómo son los *can-canes* parisienses? Y ya que habla Ud. de bailes en Madrid, ¿por qué no menciona los de Palacio, los de Fernán-Núñez, los de Cerralbo, etc.? ¡Ah!... ya sé. Es que Ud., como crítico, ó mejor, como moralista á medias, sólo pinta lo feo, para condenarlo...; pero lo *feo* de España, lo *feo* de los españoles... y lo *bello* de su país de Ud., y lo *bello* de sus conterráneos. Me gusta la *equidad*.

Insisto en que no repruebo el procedimiento; é insisto, por lo tanto, en que no me explico por qué á *Quioquiap*, á *Pero-Nuño*, á Rincón... á mí, nos odian Uds. los ilustres literatos filipinos, sólo porque *nosotros*, los escritorzuelos peninsulares, nos permitimos, de vez en cuando, y á guisa de entremés, censurar á la ligera lo que es netamente filipino.

¡Qué afán el de Ud., señor Taga-ilog, en

hacer ver que aquí, en Madrid, abundan las meretrices!... ¡Pues mire Ud. que en París, esa segunda tierra de Ud...!

En Filipinas, á juicio de Ud., no hay más que *senos vírgenes;* mujeres ideales, como *suspiros:* una sencillez en las costumbres verderamente encantadora, etc.

Conformes, muy conformes... hasta cierto punto: porque, según algunos, en Filipinas se cotiza cara la virginidad de las indias, pasados los quince años; según Barrantes, con quien estamos muchos de acuerdo, el indio filipino

> **«engendra con su madre ó con su hermana,**
> **y muere sin saber cómo ha vivido»;**

ellas (á la vista está) no velan mucho *su* seno, ni *sus* piernas tampoco; dicen algunos autores «que la sensualidad es el vicio dominante» en aquel su país de Ud... *Pero,* ¡amigo! se baila con una honestidad á toda prueba, y, por eso precisamente, es raro el europeo á quien no le parece... tonto, el baile con las indias *pudorosas.*

Porque, lo que ellos dicen: entre tomar una mujer que, por lo común, se cae de puro sosita; que hay que llevarla poco menos que á remolque para que no se le salgan las chinelas; y tomar una moza garbosa, de talle esbelto (la esbeltez la suele dar el corsé, que en Filipinas no usa ninguna india), alegre, de mirada expresiva, que nos sigue de cerca,—ésto, *por lo fino,*—ó bien una barbiana que se ciñe como una serpiente, enloqueciéndonos con sus contoneos y achuchones sensuales (flamenco puro),... francamente, es preferible el baile en esta tierra de brutos, al baile en los pueblos filipinos; con indias que, en-

tre pitillo y pitillo, buyos y frutas, os sueltan un *¡abá!* que os desploma.

Siguen los bailes.

Taga-ilog no ha concurrido en Madrid,—no se desprende de sus escritos,—á ningún baile realmente aristocrático; pero sí ha concurrido á bailes *modestitos*, caseros, de los que se sale con las ganas de probar un dulce.

Contraste:—En Filipinas,

«...el *buffet* no se cierra jamás, es de los convidados. La mesa, de ochenta ó cien cubiertos (¡eche Ud. cubiertos!) se renueva varias veces; aquello es algo parecido al festín de Baltasar.»—Ó á los festines de Cleopatra.

¡Según! Si el baile lo da un principalote, cierto que hay rumbo, que se gasta... aunque no se gasta la centésima parte que en casa de Fernán-Núñez. Ahora, si el baile es en una casa modestita, en un *bahay*, sobran 60 cubiertos; y sobran *morisqueta*, *poto*, y demás comistrajos propios de los indios; los cuales comistrajos, menos mal, alternan con este ó el otro manjar á la europea, muy de agradecer... cuando está bien hecho y se tiene gana.

Un indio medianamente acomodado puede tirar 100 duros en un baile, porque le importa poco pasarse después un par de meses comiendo morisqueta y pescadillo. Pero en la Península, que hay muchas necesidades, es rarísima la familia de la clase media que, sin pasar plaza de presuntuosa, acomete ese gasto. Por lo demás, ¡líbreme Dios de negarle á Ud. el rumbo de los filipinos!; brillantes en los dedos, y en el estómago morisqueta y un poquito de pescado; mucho coche, y las

piernas sin medias; mucho *fiestajan*, y ni una sola suscripción á los periódicos...

¡Como que el boato es la gran debilidad de sus paisanos de Ud., señor Taga-ilog! Y en cuanto á su generosidad, la de sus paisanos, no ignoro (y no lo digo por experiencia) que obsequian con regalos más ó menos buenos á ciertos peninsulares; pero también es verdad que, al siguiente día, les piden á los obsequiados algún favor.

Esto es lo corriente.

De modo que, como dije antes, váyase lo uno por lo otro.

VI

Sección de besuqueo.

¡¡Lo que cuesta un beso en Filipinas!! Todo un artículo consagra Taga-ilog á demostrar que un beso en Filipinas cuesta un triunfo.

Doy fe.

Cuesta un triunfo, si el beso es de india.

¡Como que la india no sabe besar!...—á la europea, se entiende.

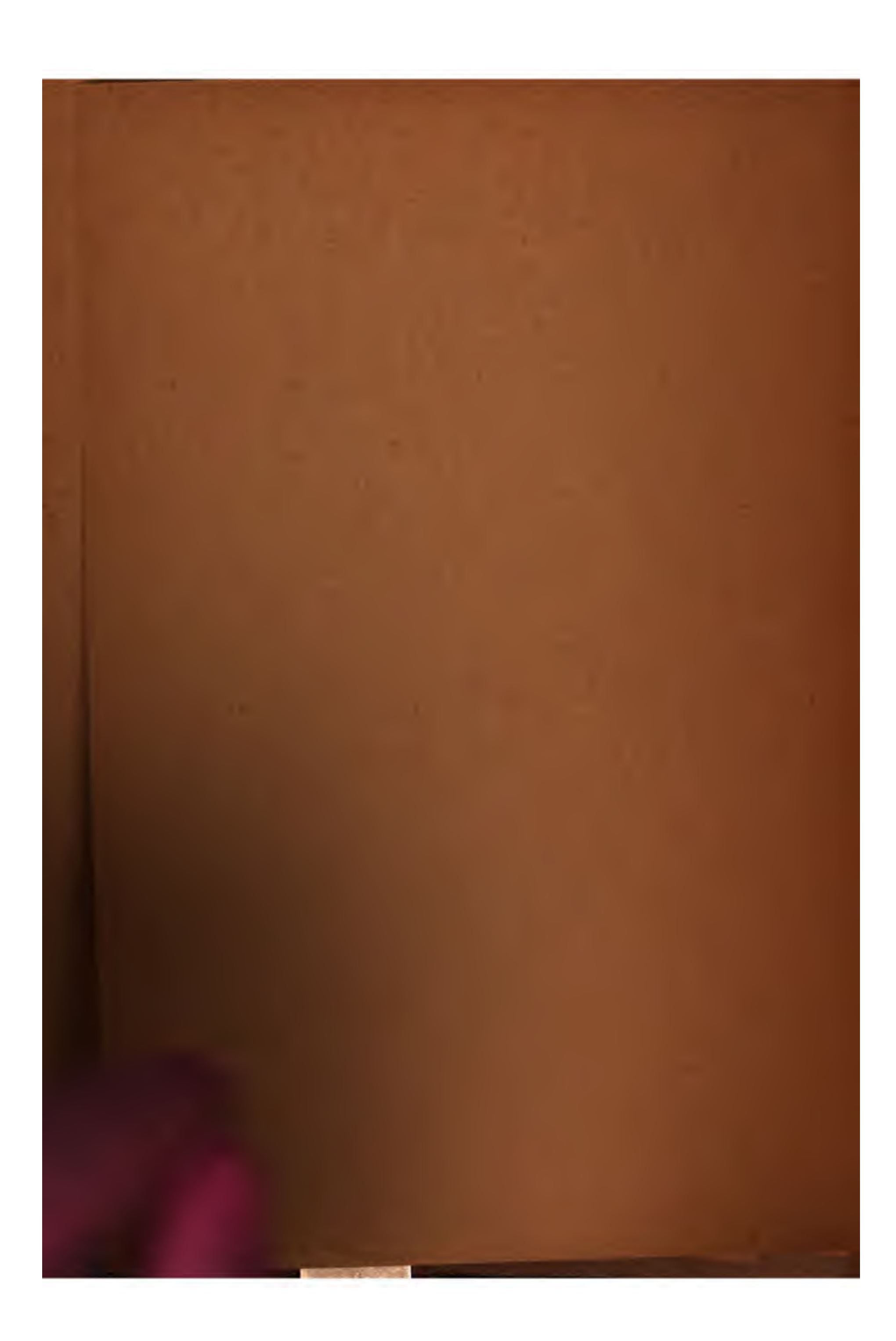
Lo que la india hace es acercar la cara, y, cuando la tiene sobre la parte que ha de besar, aspira muy fuerte,... y nada más. Esto es: la india *no besa; huele*.

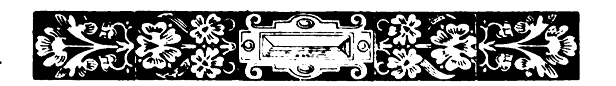
Ahora bien; si *ella* es mestiza, ó cuarterona, ó española-filipina... la cosa *varea*.

Yo sé de muchos peninsulares que viven amancebados con filipinas, que no son indias; si ellas besan ó no, yo no puedo asegurarlo.

Quedamos, por consiguiente, en que cuasi estoy de acuerdo con Taga-ilog. Allá se besa muy poco; aquí se besa demasiado.

Esto debe de consistir en que aquí los





PASCUAL H. POBLETE

(ALIAS P. O., BETEL)

PERMITA Dios que no me toque el premio gordo de la Lotería si, desde que estoy en Madrid,—que va ya para medio año,—me había yo acordado de un cigarrero de Manila, que responde por Poblete, hasta hace cosa de un mes, que supe por *La Voz de España* que este insigne amolador del idioma, no clasificado aún por Blumentritt, me había mordido desde el periodiquejo *La lectura popular*, diario pedestre con bastante oreja que redactan unos cuantos chicos del país, muy progresistas, según confesión pública, y que, puertas adentro, viven á lo malayo puro y comen la morisqueta como la comen los *batas*, ó sea á dedo limpio, ó puerco, porque pedirles á la mayor parte de los indígenas aseo en el modo de comer, valdría tanto como pedir camotes (1) al molave (2) secular del progresismo, señor D. Miguel Morayta, vulgo *El Gastrónomo*. Digo que yo no me acordaba para nada del

(1) **Tubérculos algo parecidos á las patatas.**

(2) **Árbol cuya madera es mucho más dura que la de alcornoque.**

Poblete que hoy saco á la vergüenza pública, y digo además que nunca le hubiera consagrado un espacio en esta obrilla. Pero, aparte la consideración del mordisco con que pretendió mortificarme, hay una causa seria que me induce á decir de Poblete dos palabras... «sólo dos palabras».

Sépase que el gran malayista y *Anito* entre los *Anitos* don Fernando Blumentritt, no ha incluido nunca al Poblete entre los indios notables. Lo cual se me antoja una injusticia tremenda; y yo, amante como pocos de que *haiga equidaz,* como dijo el otro, haré justicia al Poblete, entreverando su tipo entre los demás que van en este folleto.

Pascual H. Poblete, alias *P. O.* (fíjese el lector) *Betel,* seudónimo que se ha puesto en gracia, sin duda, del mucho *buyo* (1) que consume de diario, es un mestizo de chino *hasta tres veces notable.* ¡Conque si sabrá Blumentritt lo que se pesca (regalillos á un lado), cuando aun no ha incluido al Poblete entre los filipinos merecedores de estatua! He dicho que *P. O. Betel* es notable hasta tres veces, y, en efecto, Poblete es:

NOTABLE simple *(una);*

NOTABLE amolador de la lengua castellana *(son dos),* y

NOTABLE propagandista político *(y son tres).*

Todavía podría añadir un notable más:

NOTABLE feo;

pero, francamente, viéneme á la memoria cierto artículo de Larra, y como, por otra parte, el Poblete, alias *P. O.*, no presume de horroroso, como algún paisano suyo, y eso que

(1) El *buyo* compónese de bonga, cal y *betel.*

lo es, á rabiar, el bueno de *Betel*, paréceme de justicia que despreciemos su *físico*.

*
* *

El Sr. D. Baldomero de Hazañas es un abogado español á quien tengo por el más bondadoso de los hombres, y hasta estoy por añadir que es el candor en persona: figúrense Uds. que entró en tratos periodísticos ¡¡¡con Poblete!!!...—Pero, Sr. de Hazañas, ¿estaba Ud. loco entonces? ¿O es que lo hizo usted porque

desde chiquirritín
el indio *es* su *afición?*

Don Baldomero reside en Filipinas desde chiquirritín, y como habla tagalo, toma *bibinca* y se perece por otras muchas cosas del país, creo muy posible que este su acendrado amor á todo lo filipino le indujera á negociar en compañía del *Buyo* que traemos entre manos.—¡Y Poblete se hizo *periodista!*

*
* *

Está de Dios que la mayor parte de los nacidos en Filipinas han de trocar los papeles, ó la vocación, y nuestro Pobrete, digo, Poblete, que había nacido para hacer pitillos, y nada más (puesto que hacer *al natural* el ganso no exige aprendizaje), volvióse periodista—es un decir—... y quién sabe si hemos de verle tirando de una carreta, sólo por el capricho de no dejar de cambiar. ¡Es mucho *Buyo* este Poblete de mis pecados!

Pues, como íbamos diciendo, don Baldomero de Hazañas entró en tratos con *Betel*,

y le nombró traductor de una revista hispano-tagala, muy mediocre, que había fundado el candoroso don Baldomero. Y como esto de darle á la pluma, es muy tentador, y como ya nuestro *Buyo* se había ensayado en un idioma algo parecido al castellano, cátate al *Betel* metido á gacetillero, y relegando al olvido los pésimos cigarrillos á que había venido dedicándose.—Sin la protección de don Baldomero, yo estoy por asegurar que á estas fechas el mestizo Poblete sería sencillamente un danzante y nada más.

*
* *

Que se había ensayado, dije, y es verdad. Allá por Diciembre del 88 publiqué yo un artículo—uno de tantos, pues los hacía diariamente—que, no obstante lo medianillo que hoy me parece, deseo transcribir: da idea de lo que es el sirviente tagalo, en general; y como le supo á cuerno quemado á nuestro *Buyo*, quizás por la exactitud con que está escrito, justo es que lo copie desde la cruz á la fecha. Dice así:

«Una preocupación

Me tiene hondamente preocupado el recuerdo de un diálogo que hoy he sostenido con mi *bata*.

Antes de relatarlo, preciso será que diga á mis lectores quién es el feliz mortal que me presta sus ser[illegible]

Se ll[illegible]ndo; nació... no sé dónde; tien[illegible]os años, pues él mismo no s[illegible]iene. Es bastante *ilustrado*,

porque lee mucho; ha ido cinco ó seis años á la escuela, según dice, y le creo; y, además, le visita con frecuencia un primo suyo, de quien asegura mi criado que es estudiante de *pilosopia.*

—Vamos á ver, Raimundo, ¿es cierto que vosotros, los indios, no sabéis una palabra de la historia de vuestro país?... ¿Tú sabes algo de historia?

—No sabe, señor.

—¿Nada?

—Nada, señor.

—No te creo. Algo has de saber: ¡pues no faltaba más! Vamos, contesta... *(Raimundo se rascó una nalga.)* ¿Tú sabes quién fué Magallanes?

—*Uropeo,* señor.

—Conformes; era europeo. ¿Y qué hizo ese señor Magallanes?

(Raimundo quedóse como pensativo, y continuó rascándose la nalga, como si en la nalga tuviese la substancia gris.)

—Vamos; contesta: ¿qué hizo Magallanes?

—El calle aquel que tiene Manila...

—Pero, hombre, ¡por Dios! ¡si Magallanes ni siquiera estuvo en Manila! ¿Cómo iba á hacer la calle que hoy lleva su nombre?

—Creí yo que sí, señor.

—Pues te has equivocado... Magallanes fué el descubridor del Archipiélago, etc.—Bueno; y Legazpi, ¿quién fué Legazpi?

—Siguro castila. *(Europeo.)*

—Castila, efectivamente; pero, ¿qué hizo?

—¡Ah!... no sabe yo, señor.

—¿No le has oído nombrar nunca?

—El calle de Legaspi no más, señor.

—¡Válgame Cristo!... Cuidado si estás *limpio*

en materia de historia, àmado *bata*.. Y D. Simón de Anda, ¿quién fué?

—Castila, señor.

—Conformes; pero ese señor ¿qué hizo de notable? ¿Tú no le has oído nombrar?

—Sí, señor.

—¿Y qué has oído decir referente á él?

—Tiene munumento en el Malecón, señor.

—¿Y no sabes más que eso?

—No más, señor.

—¡Caramba, hombre, caramba! ¡Y yo que te tenía por un chico ilustrado!... Vamos, esto sí que lo sabrás: ¿quién fué D. Emilio Terrero... el general Terrero?

(Raimundo se volvió á rascar en la nalga, y sonrióse con cierto aire entre estúpido y zumbón.)

—Vamos, contesta; esto sí que lo sabes: ¿quién fué el general Terrero?

(Raimundo, después de pensarlo mucho y de rascarse más, me contestó con cierta firmeza):

—Castila, señor.

—¡Vaya una salida! Pero no es eso lo que te pregunto; lo que yo quiero que me digas, es: ¿quién fué ese señor? ¿Qué hizo? ¿Estuvo aquí, en Manila?

—No sabe, señor.

—¿Nada?

—¡Nada!

....

Sepulté la cabeza entrambas manos, y quedéme un rato pensativo.

Pasado un rato, creo que fué ésta la serie de preguntas que me hice:

—¿Habrá un español que no sepa quién fué Espartero?

—¿Habrá un francés que no haya repetido la famosa frase: *Todo se ha perdido menos el honor?*

—¿Será posible que en toda Francia haya siquiera uno, por tonto que sea, que no tenga la menor noticia de Napoleón I?

—¿Habrá un solo alemán que ignore quién es Moltke, quién Bismarck?

—Y en Suiza entera, ¿habrá uno solo que no sepa quién fué Guillermo Tell?

—¿Cabe en lo posible que el último español no sepa quién fué D. Alfonso XII?

—No, no, mil veces no.

Pues, en Filipinas, hay millares de individuos que ignoran quién fué Hernando de Magallanes, quién Legazpi, quién D. Simón de Anda y quién D. Emilio Terrero... que no hace aún un año que estuvo gobernando este país.

Parecerá increíble; pero no es menos cierto que el sol alumbra.

Es cosa por demás sabida que el indio filipino tiene envidiable memoria.

¿Cómo, pues, se explica que haya tantos y tantos en quienes no se haya vinculado la menor tradición histórica, siendo así que existen tradiciones de cierto género de supersticiones y falsas creencias?

¿Si será que la pereza de los miembros haya contagiado, desde los primeros tiempos, á ciertas regiones de la masa encefálica?

....»

(*La Oceanía Española*, del 7 de Diciembre de 1888.)

Quienquiera que haya estado en Filipinas, nada más que una semana, habrá podido observar que, como el Raimundo que fué

criado mío, hay cientos y cientos; pues que no existe en el globo un pueblo menos conocedor de su propia historia que el pueblo filipino.

¡Pero váyales Ud. con estas verdades á los Pobletes!—*Betel,* que por entonces tenía comezón de emborronar cuartillas, mandó á *El Comercio* un articulito, intitulado *Despídalo usted,* que—lo confieso con toda ingenuidad—me indignó por lo majaderamente escrito, y, sobre todo, por la cantidad de oreja que entre líneas había. Claro que no iba yo á ponerme á discutir con un *Betel:* yo no tomo en serio á los indios de esta ralea, y me limito á darles, de vez en cuando, por tabla, un puntapié literario... y nada más.

Véase lo que escribí, en vista del *Despídalo usted* de Pascual H. Poblete:

«A «El Comercio»

Me dirijo á Ud., colega; porque, al fin y al cabo, Ud. es uno de tantos periódicos, mientras que su nuevo colaborador no es nadie absolutamente.

Ya estaba yo acostumbrado á leer en sus columnas muchas salidas de tono, muchas patas de gallo, etc.; pero—con franqueza—*salida* como la que anoche publica Ud., y no en esa sección *neutral* de que nos habla en el mismo número (la consagrada á los *comunicados),* nunca la había leído.

Siempre creí que en *El Comercio* se padecía de ceguera intermitente, y ayer, sin duda alguna, el chinesco periódico padeció ese pícaro mal que yo lamento.

Ciego, muy ciego se necesita estar, y *algo*

más, para aceptar un articulejo como el titulado *Despídalo usted;* el cual, si poco favor hace á quien lo ha escrito, aun hace menos al periódico que lo inserta.

....

Dícese, y es cosa harto sabida, que no hay dos individuos con la misma fisonomía; pero, en cambio, los hay á cientos que tienen idénticas inclinaciones; tal es, verbigracia, la de enseñar la oreja, en más ó menos *escala;* y así Dios me salve como es el amigo de *Benjamín* (1) á quien aludo, uno de esos que, sobre meter la pata frecuentemente, enseña la oreja hasta el agujero.

Lamentábame yo el otro día de que mi *bata* no tenga la menor idea de quién fué Legazpi, quién Magallanes, quién D. Simón de Anda y quién el Sr. Terrero, y un tal *P. O. Betel*—que debe de haber *mascado* mucho su apellido,—salta y me dice, en pleno *Comercio*, que mi criado *se ha quedado conmigo.*

Según el *Buyo* amigo de *Benjamín*, mi criado, no sólo sabe quiénes fueron los cuatro señores mencionados, sino también «los no menos »ilustres Cristóbal Colón, Cervantes, Calderón »de la Barca, Guzmán el Bueno, Gonzalo Fer»nández de Córdova, Blasco de Garay, Pelayo, »Fernando el Santo, Lope de Vega, Murillo, »Daoiz, Velarde, Espronceda, Padre Blanco, El»cano, Padre Urdaneta, Pérez de Oliva, D. Ma»teo Alemán...»

Y no es esto sólo lo que mi criado sabe: sabe

(1) Mote con que los demás periódicos distinguen á *El Comercio.*

además «las biografías compendiadas de Homero, Píndaro, Aristóteles, Platón, Marco Aurelio, »Antonino, Flavio, Sabino, Vespasiano, Tito, »Flavio Josefo, Benjamín Franklin, Luis II, »príncipe de Condé, Luis XIV, Roberto Fulton, »Napoleón I, Hipócrates, Agesilao II, incluso »la del *demontre* de Limahón».

Me huele que el *Buyo* amigo de Ud., colega, es el primo de mi *bata*, el estudiante de *piloso-pía*... Eso de atribuir una suma considerable de saber á todos los indígenas, sólo se le ocurre á un *P. O.* y al periódico que acepta sus escritos.

Verdad es que aquí son muy comunes los *corridos*, como también lo son las tragedias en tagalo; y verdad es asimismo que aquéllos y éstas contienen grandes dosis de disparatadas majaderías.

Si mi criado retiene en la memoria el *drama* que se puso en el Príncipe hará cosa de veinte noches, recordará que cuando moros y cristianos se batían, adoptaban previamente posturas propias de *clowns;* y que, mientras duraba el combate, la charanga entonaba... ¡el *Himno de Riego!* Recordará que hay barcos que viajan por los bosques; espadas siempre desnudas, y príncipes moros con manto real, á la europea, turbante, botas de montar y banda de San Fernando (¿!). ¡Oh, si la civilización tagala arroja... grandes luces!

Por eso los investigadores de la historia leen con frecuencia las inscripciones que *aquí* había en los monumentos (?), antes de que llegaran los peninsulares; y leen también los manuscritos (?) de los cronistas tagalos, anteriores al tatalo Lacandola...

Desgraciadamente, lo que ignora mi *bata* lo ignoràn el 95 por 100 de los indígenas filipinos: salid fuera de Manila, y estudiad la cultura de los naturales...

P. O., cuya masa encefálica debe de estar obstruída por el abuso de su apellido, no vió el fondo de mi *Preocupación:* estaba compendiado en cuatro ó cinco líneas; me lamentaba yo de que aquí no hubiese, como en muchos puntos de Europa, Escuelas dominicales para desasnar á las servidumbres. Pero esta mi queja ni la vió *P. O.* ni su amigo *Benjamín.*

De todas maneras, nada me chocaría el articulejo de *P. O.* (por ser de *P. O.),* si en el mismo parto no se vertiese una frase que, sobre ser completamente falsa, tiene una intención que sólo puede ser propia de un *Betel*... ó de un *Comercio.*

Eso de que aquí hay *muchísimos* indios «que »sin haber estado en la escuela seis años, como »mi *bata*, saben mucho más que *esos* que cono»cen á Espartero, á Napoleón I, á D. Alfonso XII, »á Bismarck, etc., etc.», sólo lo escribe un *P. O.*, y sólo un *Comercio* lo acepta.

....»

(La Oceanía Española, del 14 de Diciembre de 1888.)

P. O. Betel quiso volver á la carga; pero *El Comercio* le rechazó las cuartillas. Le defendió, sin embargo, aunque muy á la ligera, sólo por molestarme; pues aquí, para *inter nos, El Comercio* y yo anduvimos á la greña con frecuencia, y esta consideración era más que suficiente, por lo visto, para admitir (sólo porque iban contra mí) las burradas de un mesticillo ignorante y presuntuoso que

tuvo el cinismo de afirmar que la masa común de los indios filipinos sabe más de tradiciones históricas que la masa común de los pueblos español, francés, alemán, etc.

***

Desde entonces, *Betel* me profesa odio de muerte.—¡Fastidiarse!

Anduvo el tiempo. Era yo de *La Opinión* y, entre otras secciones, tenía á mi cargo la del examen de los libros y revistas. Dos periodiquillos, *La España Oriental* y la *Revista Católica*, veníanse poniendo cual digan dueñas por cuestiones ortográficas. Un día, hojeando yo *La España Oriental*, hallé motivo para escribir las siguientes líneas:

«Según leemos en el artículo *Cuestión ortográfica*, parece ser que en la *Revista Católica* hay un *tercero en discordia* que confiesa que él «no es filólogo, pero que sólo por ser tagalo, lo »posee mejor que ningún orientalista; que sabe »más que éstos las letras que mejor convengan »á su idioma; que cada tagalo es un académico »de su lengua; que un palurdo de las montañas »de Batangas y otras provincias tagalas lo ha»bla tan correctamente como ó mejor que un li»terato de Manila y...»

En nuestra vida hemos leído mayor cúmulo de disparates, por no decir otra cosa.

Nos parece increíble que tal sarta de desatinos se publiquen en ningún periódico.

¡Qué cierto es aquello de que «hasta los gatos quieren zapatos»!

Aplicando á la lengua castellana, pr. ej., las *teorías* que el *tercero en discordia* aplica al taga-

lo, resulta: que un palurdo de Madrid, de esos que dicen *semos* y *haiga*, posee mejor el castellano que, verbigracia, D. Juan Fastenrath...

....

En fin, según el tal *tercero*, un patán de Inglaterra debe saber más inglés que el sabio español D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Sin ir más lejos, mejor dicho, *viniéndonos* al país, ¿quién posee mejor la lengua de los tagalos: el P. Minguella, el P. Felipe Bravo, el P. Benito Baras, ó un sementerero del corazón de Batangas?

Eso de que cada tagalo es un académico de su lengua, es sencillamente una tontería. Bien hace *La España Oriental* en sacudirle el polvo de su ignorancia á ese *tercero en discordia*.»

(*La Opinión*, del 10 de Agosto de 1889.)

¡Buena la hice! El *tercero en discordia* resultó ser Pascualete H. Poblete.

El mismo día que salió la felpa que he transcrito, fuése Poblete á ver al Director-propietario de *La Opinión*, y le manifestó, á vuelta de muchos circunloquios, que, ó yo rectificaba, ó hacía que se diesen de baja más de cien amigos suyos (¡de Poblete!), que sólo por él (¡por *Buyo!)* estaban suscriptos á *La Opinión* (!). Pozo le mandó á paseo, en buenos términos, pues no le parecía cosa de rectificar ante la amenaza de un zascandil como el *tercero en discordia*. Mas en cuanto supe lo que ocurría, y en mi deseo de conciliar las pretensiones del *Buyo* con los intereses de la empresa *La Opinión*, publiqué este sueltecito (el día 14 del propio mes):

«Ha llegado á nuestra noticia, por conducto de persona amiga, que el colaborador de la *Re-*

vista Católica que firma *Un tercero en discordia*, se muestra resentido con *La Opinión* por las breves líneas que el otro día le dedicamos.

Nos extraña, pues no había en nuestras líneas ofensa á la personalidad, sino únicamente ataque á las ideas.»

¿Creen Uds. que *Betel* se dió por satisfecho? ¡Ca! ¡Si es indio!... Le rebosa la vanidad por todos los poros de su anguloso cuerpo, y el hombre, lo menos que pretendía era que le hubiésemos pedido perdón una docena de veces.

¿Y qué hizo? Lo que Isabelo de los Reyes había hecho cuando yo le puse á parir por las majaderías que escribió para pedir los Diputados á Cortes por las islas Filipinas, y más tarde, cuando la emprendimos con Blumentritt y *su gente:* fuése Poblete de puerta en puerta, renegando del periódico *La Opinión*, al que motejaba de poco amante de los filipinos, y, á fuerza de excitaciones, logró que cuatro ó seis majaderos, mesticillos de chino, como él, enviasen su «baja» á *La Opinión.*



No conservo ningún escrito de Pascual H. Poblete. Nunca le creí *importante.* Pero voyme convenciendo con el tiempo de que, además de ser un azotacalles como pocos, es un propagandista cuasi tan activo como don Isabelo: *Betel* ha traducido al tagalo lo más *interesante* del Código civil de Filipinas, ó sean aquellos artículos en que á los indios se les considera como españoles... con taparrabo (esto no lo dice el Código, ni Poblete; lo digo yo), y trabaja cuanto puede por trastor-

nar á los infelices que, cuanto más politiquean, más desdichados se hacen.

Antes, Poblete escribía *albondiguillas* poéticas y *terneras* en prosa, dedicadas á las bellas tagalas. Ahora sólo se dedica á comentar el Código civil.

Hay que tenerle á la vista. La ignorancia es el peor mal de los males, y, como ignorante, Poblete lo es.—Pero de los que se mueven.

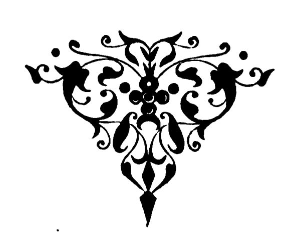
Pensando en el cinismo de este correvedile y en el candor de los cuatro bobalicones que creen ver en él un hombre de alguna valía, sin duda por lo mucho que *trabaja*, yo no sé á quién debo compadecer más: si al osado Poblete ó al candoroso que hace caso de las literaturas de este insigne ñiquiñaque.

Los pitillos los hacía bastante mal.

¡Pero mire Ud. que la política *literaria* que Poblete hace... es mucho peor!

Si el odio que me profesa continúa, dígamelo; y le mandaré un par de zapatos viejos, míos, para que se coma las suelas y los tacones.

Si gusta.





CRISPÍN JUEPE

I

Me parece que le estoy viendo. Quedóseme tan grabada en las mientes la figurilla del *capitán* (1) Juepe, desde la primera vez que tuve la suerte de echarle el ojo, que hasta hoy no se me ha borrado de la memoria ni un solo detalle, así físico como psicológico, de los varios que pude observar en este personaje, muy digno ciertamente de ser descrito por más hábil pluma que la mía.

Nació Juepe en el pueblo y cabecera de Tamalauan (2), provincia de este nombre, y fueron sus padres dos indios regularmente acomodados, tan entusiastas de la educación de su Crispín, que faltóles tiempo para mandarle á Manila, siendo todavía chico, con el fin de que estudiase latinidad por de pronto; que más adelante, cuando ésta la tuviera ya cursada, pensaban los padres que siguiese Crispinillo todo el bachillerato y luego la carrera de derecho. Había en la provincia nada más que un abogado, y dicho se está que si el joven Juepe llegaba felizmente á la por sus pa-

(1) Algo así como *alcalde pedáneo.*

(2) *Tamalauan* no existe en el mapa de Filipinas: es una región que ideé, cuatro años há, para describir el medio, los tipos y las escenas comunes de Filipinas.

dres anhelada meta, nuestro *fotografiado* conseguiría labrarse una fortuna.

Cuando Crispín contaba quince años, sólo tenía cursado el primero de latín; y no era que al chico le faltase entendimiento; ¡cá!... le sobraba, según la aseveración de todos sus paisanos coetáneos. Pero ¡qué demonio! Manila ofrece muchas distracciones, y si á esto se añade la consideración de que Juepe no tenía cerca de sí un mal garrote que le enderezase por el camino del bien, esto es, el del estudio, se explicarán fácilmente los más curiosos lectores, por qué Crispinillo el listo (como le llamaban los compañeros), no «fuese avante» en el dichoso bachillerato.

Pero todo llega en la vida, y día llegó en que el despejado mancebo pudo mostrar orgulloso á sus padres, nada menos que una certificación en la cual se acreditaba que don Crispín Juepe, de edad de diez y ocho años, había sido aprobado en el segundo curso de latinidad. A los padres parecióles esto cosa muy digna de celebrarse; y así lo hicieron, dando un *bailujan* con suculenta cena «en el entreacto», al que concurrieron bastantes *bagumtaos* (1) y no pocas *dalagas* (2). Aquella noche, la del baile, Crispín estaba fuera de sí de alegría: era el blanco de todas las miradas; y cuentan los testigos de tan grata fiesta que dos ó tres dalaguitas estuvieron á punto de desmayarse al oír las amerengadas frases del arrogante Crispín. ¡Qué guapo y qué bien vestido estaba el mancebo! ¡Claro! Como se había educado en Manila, donde había frecuentado bastantes casas de gente rumbosa, el mozo tenía una educación, un mundo, un

(1) Hombre joven, soltero.
(2) Mujer joven, soltera.

ingenio, muy superiores á la educación, el mundo y el ingenio de todos sus paisanos...

—Debo advertir que por por aquel entonces, el *atraso* de los filipinos llegaba hasta el punto de que raro era el padre que lanzaba á su hijo por la vía del *verdadero progreso:* los de Crispinillo formaron una excepción, y de ahí que el chico lograse, lo que logró al cabo de sus diez y ocho años: tener cursada la latinidad y ser un ilustre...

*
* *

...Un ilustre maestrillo de latín.

Quien le llama *maestrillo* soy yo; y conste que no soy el único: las gentes ilustradas y conocedoras al propio tiempo del cinismo solapado de Juepe, llamáronle siempre de igual modo. Por lo demás el joven *don* Crispín no vaciló un punto en llamarse «profesor», título que comenzó á usar desde la casi simultánea muerte de sus padres.

Viéndose solo, pobre y desvalido, aprovechó lo que recordaba del *musa musæ,* y de una en una fué recorriendo las casas de los *principales,* á quienes estimulaba con bella frase á que sus hijos siguiesen una carrera: —«Y para comienzo de ella, forzoso es el latín»—aducía el *profesor.*

No todos los padres echaron en saco roto las palabras del joven Juepe; y de aquí que éste se convirtiera por arte de birlibirloque en todo un «*Profesor de Latinidad*» (así rezaban sus tarjetas), con unos cinco discípulos, que á razón de dos pesos mensuales cada uno, dejábanle lo bastante para no morirse de hambre de *morisqueta.* Y así siguió, de *maestro,* hasta llegar á la edad de treinta ó treinta

y un años, en que fué elegido gobernadorcillo (1).

La noticia cayó como una bomba: ¿quién lo esperara? Juepe, el *Profesor de Latinidad;* el que se jactaba de ser independiente; el que odiaba los cargos municipales...—Lo gracioso fué que cuando los más aficionados á saberlo todo, inquirieron los pormenores de las elecciones, sacaron en limpio que el bueno de Juepe venía *trabajando* la cosa tiempo hacía; pues su ideal no era otro que el de empuñar el bastón de borlas.

*
* *

Y cuando lo tuvo en la mano, dió con él tan tremenda paliza á los libros de latín, que les aseguro á Uds. que si los libros sintieran dolor, aún se estarían quejando de los palos recibidos.

Juepe quiso no ser más que capitán; pero no de tres al cuarto, como sus dignísimos antecesores, sino un capitán que llamase la atención por sus virtudes, por su talento y por su nada vulgar ilustración.

Todo ello lo consiguió, en efecto: las casas que hoy posee, fueron hechas con el dinero de sus *virtudes* (alias de las *irregularidades* cometidas); de su talento hay repetidas muestras en *sus* discursos *pronunciados,* y de su nada vulgar ilustración puede juzgarse por los escritos que, como abogadillo con *bufete* abierto, presenta de diario en las oficinas del Estado.

Adquirida la categoría de *capitán pasado* (2), entregóse de nuevo á los estudios con-

(1). *Gobernadorcillo* es sinónimo de *capitán.*

(2) *Capitán pasado* vale tanto como *ex gobernadorcillo.* El ex gobernadorcillo, por serlo, forma parte de la aristocracia ó *principalía.*

tencioso-administrativos; y no por gusto, en verdad, sino porque habiéndose visto *liado* en bastantes expedientes, el hombre aguzó el magín, se agarró á los libros y *se ilustró* muchísimo.

Encariñado con las «cosas de la curia», Juepe se decidió por cultivar la *carrera*, y hoy le tienen Uds. hecho todo un «Abogado con bufete abierto», según declara al pedir la *patente* indispensable, y haciendo terrible competencia al titulado, otro indio...; que sabe menos que él.

* * *

Profesor de latinidad, capitán pasado y abogadillo, antojáronsele pocos títulos á Juepe. Y tenía razón en medio de todo: el hombre sabía mucho y poseía además «una organización cerebral» poco común. Su afición á cierto linaje de libros llegó á despertar en él algo así como un vago deseo de hacerse orador, y al poco tiempo el vago deseo convirtióse en afán vehementísimo, en chifladura completa.

Gracias á su memoria privilegiada, que fué haciéndose tanto más portentosa cuanto mayores eran sus vivas ansias, Juepe llegó á *orador*, y hoy es el obligado, el indispensable en todos los actos oficiales y en todas aquellas fiestas en que se repica gordo.

Sus discursos son churretadas de palabras vacías, pero rimbombantes á la vez; en todos ellos triunfa el ridículo, y el sentido común no aparece por ninguna parte: oyéndole hablar, es cosa de reirse indignándose; dan ganas de llevarle en triunfo dándole palos.

A los Alcaldes, á los Administradores, á todo el mundo, ha de llamarle forzosamente «cándida paloma», «iris de paz», «sol esplen-

dente de recta é imparcial justicia», «capullo»... Si no fuese porque él no sabe lo que se dice, era cosa de meterle en presidio.

Pero ¡guay del que le prenda!... si le prende hablando: Juepe tiene sinnúmero de enemigos; tantos como por él pleiteados; mas todos ellos le adoran cuando le oyen hablar: su boca, para el noventa por ciento de los indios, es manantial de sublimes frases.

Yo, por mi parte, no lo niego.

Es más: certifico de ello, y de paso certifico también que otro manantial de *buyo* como su boca no existe más rico, ni más puerco, en Filipinas.

II

Si á Juepe llamaron en algún tiempo Crispinillo, ello obedecía á que fué siempre nuestro *orador* muy bajo de estatura, flacucho, descarnado hasta el extremo de que sólo tenía huesos y pellejo. Hoy, á sus cuarenta años, sigue siendo chiquito y enjuto, como lo era á los quince. No hay duda; Crispín Juepe fué concebido en momentos de lascivia suprema.—Nada hay tan pródigo como la madre Naturaleza, se ha dicho; pero nada castiga con mano más firme, cuando de ella se abusa.

Ya que no dinero, porque no lo tenían, heredó Juepe de sus padres los instintos genésicos. Le denuncia el semblante: poco fuerte se necesita estar en fisiognomía para no leer de corrido en el rostro de Crispín los signos delatores de una lujuria de mico. Si lo es ó no, díganlo sus queridas, que tuvo muchas; dígalo (el día del juicio) su difunta mujer, de quien no logró sucesión, aunque sí hacerla abortar siete veces en tres años.—Al séptimo

renuncio descansó para siempre. ¡Dios perdone á su marido!...

Y vaya Ud. á adivinar por qué Juepe tuvo, tiene y tendrá partido entre las hijas de Eva!... Cierto que en la actualidad dispone de cinco duros; pero ¿y antes, cuando no los tenía? Y hoy, si tocan á repartir á las antiguas amigas del alma, Crispín dirá que su apellido es Andana. A un gallo se juega cincuenta ó sesenta pesos; pero no le da uno á la mujer que mayores favores le haya dispensado. Sin embargo, á la *amiga* «actual» la daría un puñado... de buyos. ¡El es *así!*...

Si con *ellas* no es pródigo y tiene partido, será guapo; pensará algún lector. No, no, y mil veces no. A menos que yo no sepa qué cosa es *guapeza* entre los indios. Crispín nació feo; feo como un *asuáng* (1); pero unas dichosas viruelas acabaron de afearle formalmente. No le demos vueltas: su ingenio, su ilustración, su mundo, como dije más arriba, son superiores al mundo, la ilustración y el ingenio de sus compoblanos indios: por eso vence, por eso domina, por eso impera.

Y como el que no se consuela es porque no quiere, una de dos: ó el hoy ex gobernadorcillo se consoló desde edad muy temprana, ó vive sustentando una ilusión que no seré yo quien se la quite de la cabeza. Juepe, cual otro Narciso, se cree un Adonis. Y no es esto lo *peor*, sino que se acicala con mayores primores que ningún paisano suyo: entre todos, *don* Crispín se distingue, del propio modo que el encendido Júpiter brilla distinguiéndose entre la multitud de astros que le rodean en despejada noche.—Sólo que *don*

(1) Fantasma.

Crispín se *distingue* principalmente por lo horroroso que es.

*
* *

Hay que verle en la calle: su paso es perezoso; los brazos los mueve descompasadamente; imprime al cuerpo cierta ondulación *sui generis*, exclusiva en los hijos de Filipinas; lleva la cabeza muy alta, como aquel á quien no agobia el peso de las ideas. Con frecuencia hace un movimiento brusco de cerviz: ladea la cara y escupe: tanto buyo exige un salivajo colorado cada medio minuto.

Va de americana negra cerrada, ostentando sobre el pecho descomunal cadena de oro; lleva pantalón acampanado y calza unos zapatitos de charol con tacones de á palmo. «Presume de pie pequeño»—que diría una *flamenca*. Pero, repongo yo, presume con justísima razón, con mucho fundamento: á su estatura de liliputiense, ¿qué otra cosa corresponde que pies como almendras? Él, *por si acaso*, no manda al sastre que le quiten las campanas; éstas son suficientemente ampulosas para no descubrir sino las puntas á secas. Cuando es domingo, domingo *limpio*, es decir, sin fiestas extraordinarias, Juepe se pone chaleco; entonces pasa á éste el reloj, y buen cuidado tiene *don* Crispín de llevar abierta de par en par la chaquetita, pues no es cosa de ocultar ni uno siquiera de los eslabones de la cadena de oro.

Si es Domingo de Ramos, ó Jueves Santo, ó día del Corpus, ó cualquier otro en que el *discurso* se hace preciso, como el cumpleaños del Sr. Alcalde, etc., entonces Juepe se planta el frac, y cátenle Uds. hecho todo un gomoso... estrafalario, un pisaverde churrigueresco á quien hay que admirar por la *distin-*

ción con que lleva la más comprometedora de todas las prendas.

*
* *

....

*
* *

Dentro de casa, en su vida íntima, vive de diéntica manera que sus criados. Sin calcetines; con los pies fuera de las chinelas en todos aquellos casos en que no se ve obligado á andar; cubren sus piernas unos mugrientos calzoncillos, y el tronco lo cubre una camisilla mestiza de blusa y saco.

Es liberal, muy liberal; pregona el progreso, y derrienga á palos á su servidumbre, á cuyos individuos paga á razón de un peso mensual todo lo más. Encomia «el idioma de Cervantes», y lamenta que haya en el país *personas que se oponen* á su propagación: por su parte, crearía una escuela... Todo ello sin perjuicio de que á sus servidores les hable siempre en tagalo.

Los funcionarios públicos, ó son notabilidades, ó son un hatajo de bestias de reata: pertenecen al primer grupo los que le han otorgado algún favor; y al segundo los que no le han hecho mal, pero favores tampoco.

De todas suertes, él, siempre que puede, les adula á todos, y si á mano viene les *pronuncia* un discurso en el que dice miles de desatinos ditirámbicos.

A un Alcalde, en el día de su cumpleaños y al tiempo que le ponía una corona de flores sobre la cabeza, le espetó, entre otra porción de cosas: «sois cual cándida paloma».

Al día siguiente, llamóle el Alcalde á su despacho, y, en voz muy baja, le dijo:

—Mire Ud., Juepe, le ruego que si otra vez se dirige á mí en público, no me llame «cándida paloma», porque ese epíteto cuadra bien á una joven virginal; pero no al que, como yo, tiene ya muchos años y muchos hijos...

Juepe se mordió los labios con disimulo; metióse un buyo en la boca, y al año siguiente le soltó al mismo Alcalde un *blanca azucena*, que llenó de estupefacción á los oyentes, pues aquel señor Alcalde era *moreno* como un gitano y usaba barbas de capuchino, *negras* como la endrina.

....

∴

He preguntado en muchas ocasiones:

—Pero este Crispín Juepe, ¿tiene sentido común?

Sus amigos me contestan todos que sí.

—Pues entonces, Juepe es un aparato de verter palabras: habla siempre de memoria: no sabe lo que se dice.—Hay que perdonarle.

....

(*Crispín Juepe* es un tipo imaginario: forma parte de un libro inédito.—Este *Crispín* da una idea de lo que son algunos indios de la clase de *ilustrados*.—*Juepe* representa el «saber popular», que diría dón Isabelo: que hubiera muchos *Juepes*, y la vida sería imposible en Filipinas.—Lo triste es que, gracias á las propagandas *progresistas*, los *Crispín Juepes* van en aumento.)



POST-SCRIPTUM

Compuestos los *elogios* de Isabelo de los Reyes, T. del Rosario, Taga-ilog y Pascual H. Poblete, mandé á las cajas el de Graciano López Jaena; entonces el regente hubo de advertirme que si *entraba* este *elogio* en el folleto, el folleto pasaría de las 96 páginas que habíamos convenido: vime, pues, en el caso de tener que *retirar* al notabilísimo orador Graciano López Jaena:— he preferido *guardarle* por algún tiempo (no será mucho) á suprimir párrafos y citas del extenso *elogio* que de Jaena he hecho.—A Jaena le ha suplantado *Juepe*, otro *orador*, aunque menos *importante* y por lo mismo más corto.—Jaena y Pláridel, merecen ser tratados... á la baqueta, sí; pero con extensión, siquier sea porque figuran en la lista, formada por Blumentritt, de *filipinos célebres contemporáneos*.

Y á propósito; Blumentritt tiene por notables á unos cuantos filipinos que vivirán, los más de ellos, envueltos toda la vida en el más obscuro anónimo; *pero* que *politiquean* siguiendo derroteros bastante peligrosos. En cambio, cállase los nombres de los que real y verdaderamente valen y que, precisamente, corresponden á personas, cuando no á familias enteras, adictísimas á España y por lo tanto á las Comunidades religiosas. Sepa Blumentritt que:

Abreu,—Aenlle,—Alberto,—Araullo,—Arellano (D. Cayetano),—Arrieta,—Artigas,—Avellana,—*Avilés (Conde de)*,—Ayala,—Azcárraga,—Balbás,—Balmori,—Barretto,—Bayot,—Bordenave,—Buencamino,—Cajigas,—Calixto,—Can-